La Maldición de la familia Grasso

L.N. Morales

Capítulo 1

Otoño, 1912.

Era bien sabido que Donovan Grasso buscaba pretendientes para su hermana menor. No resultaba esto extraño puesto que la fortuna de la familia era tan grande que evidentemente necesitaba a más de un heredero.

Sin embargo, pese al gran dote que se ofrecía por la mano de Vittoria Grasso, nadie, ni un solo hombre paduano se atrevía a ser partidario de dicha fortuna.

A todos en Padua les resultaba inapropiado vincularse con aquella familia de la cual se creía, era víctima de una maldición. Se rumoreaba entre los habitantes que la muerte los presidía y que quien se casara con algún Grasso estaría asegurando su rotundo final.

Debido a esto, los escasos pretendientes no fueron nada que Donovan Grasso no hubiese previsto. Incluso se diría que siquiera lo tomó en consideración puesto que su abuelo, antes de fallecer, había ofrecido la mano de su nieta a una adinerada familia de Venecia.

Quien se había osado a comprometerse con Vittoria Grasso no era otro que Alessandro Rinaldi, el tercer hijo de una familia de sobresalientes comerciantes de especias. Era, por supuesto, heredero de su propia fortuna y Martino Rinaldi no vio sino las inconmensurables riquezas que su familia obtendría por aquel compromiso.

Por lo que, al cumplir Alessandro los dieciocho años se vio en la obligación de cumplir el acuerdo entre su padre y aquel desconocido. Viajó entonces en compañía de su familia hacia Padua.

Pero tal parecía que nada estaba a su favor, puesto que muchos imprevistos habían retrasado su llegada a la villa de su prometida. El barco en el cual viajaron había sufrido daños en las velas, y el coche en que se transportaban fue víctima de otro accidente, una de las llantas traseras simplemente salió disparada haciendo que el chofer se detuviese estrepitoso.

Añadido a esto también comenzaba a lloviznar, y mientras los jóvenes Rinaldi esperaban que los sirvientes solucionasen el inconveniente, Alessandro sintió que una gota cayó sobre su mejilla. Levantó la mirada celeste al firmamento plomizo que amenazaba con desplomarse sobre

ellos.

—Me temo, hermano, que si llegas a conocer a la señorita Grasso es porque el destino os prepara bendiciones. Han surgido demasiados problemas para algo tan cotidiano como lo es el matrimonio, que podría compararte con uno de los caballeros de los cuentos que tanto te satisface leer—repuso Terzo Rinaldi a la derecha de Alessandro.

—Te equivocas, sólo son detalles que todo viaje ha de tener para ser memorable, pero no podría siquiera simular ser uno de esos héroes, no hay bestia a la cual derrotar por complacer a la dama.

—Porque esa bestia se esconde en su palacio. Los rumores no escatiman al decir que Donovan Grasso es todo un caballero con modales finos y afectados, pero no presume de ser amable, mucho menos si se trata de alguien con quien ha de compartir la fortuna de su hermana. —Terzo se cruzó de brazos.

—Los rumores no son más que el proyecto insensato de alguien con suficiente tiempo libre.

—Y como seres naturales que somos, salvajemente consideramos tales calumnias como algo hecho. Pueden servir de advertencia, y ser desechados una vez se comprueba por uno mismo.

Sin embargo, ambos jóvenes detuvieron su conversación cuando a ellos se acercó la única hija de los Rinaldi. Donatella compartía los rasgos de sus hermanos, todos se caracterizaban por la llamativa mirada de azul indeciso fríamente mezclado con plata, además de la brillante cabellera rubia. Y por este detalle resultaba difícil creer que Francesco, el menor de la familia, fuese su hermano. Esta duda surgía por el evidente color oscuro de su piel y su mirada aceitunada.

Y es que Francesco había sido adoptado por la familia Rinaldi desde temprana edad, un suceso que pocas veces mencionaban puesto que les resultaba irrelevante, Francesco era su hijo, no había objeción a ello.

Francesco, al igual que Donatella, se acercó a sus hermanos. Estaban ya en Padua y los habitantes se dedicaban a sus mundanas costumbres reparando de cuando en cuando en los viajeros.

—Todo esto me resulta abrumador—comentó Donatella—, he pensado incluso que es un mal presagio.

—Además, padre comienza a preocuparse, teme insultar a los Grasso con nuestra demora. Ha tomado suficiente licor para distar de su buen

juicio—dijo Francesco con el disimulo que su educación le permitía.

Permanecían entonces en Prato della Valle, el río discurría a sus espaldas y el viento fresco del otoño agitaba sus finas ropas. Más en ese momento unos ancianos que caminaban por ahí se detuvieron a saludar a tan notables muchachos.

—Caballeros. Señorita—dijeron los ancianos ante ellos.

Y los hermanos Rinaldi respondieron como era debido.

—Vemos que tenéis problemas, ¿deseáis nuestra ayuda?

—Agradeceríamos vuestro buen acto. Veréis, necesitamos llegar a la villa Paradiso pero…—inició Terzo.

Pero antes de siquiera continuar, los ancianos escupieron con desagrado y se santiguaron de inmediato. Esto dejó perplejos a los muchachos quienes se miraron entre sí en completo silencio.

—No debéis decir ese nombre, os lo digo con franqueza. Nadie menciona a tan aberrante sitio. "El lugar detrás del río" está maldito, si vais allí os arrepentiréis—vociferó el anciano aferrándose a la imagen santa que colgaba de su cuello.

—¿Maldito decís? Explicadnos—ordenó Terzo con hostilidad.

—Maldito he dicho. Habita allí un demonio que se alimenta de hombres, mujeres y niños. Un demonio que deambula en las noches. ¿Acaso no sabéis quienes viven ahí? Los Grasso, aquellos de dudosa fortuna, rodeados de muerte y blasfemias. Fornican con bestias y beben su sangre, no son más que herejes. Nadie debería tener relación alguna con ellos—arguyó el segundo anciano.

—¿Qué los motiva a ir al lugar detrás del río?

—En realidad yo…—respondió Alessandro.

—Son sólo vacaciones, adelantamos la villeggiatura, nada que deba importunaros—intervino Donatella.

—No valláis. Regresaros de donde habéis venido, regresaros ahora que estáis fuera del lugar olvidado por Dios.

Los paduanos no permitieron que alguno de ellos refutara la reputación de los Grasso. Ellos se alejaron acompañados de su oferta de

ayudarlos.

—Interesante. Nada como los ánimos sinceros antes de casarte. Incluso me inspiran a comprometerme este mismo año—bromeó Terzo con naturalidad.

Capítulo 2

No fue posible continuar el viaje en el coche. No sólo por el transporte averiado, sino porque el camino hacia la villa Paradiso era adusto y traicionero, debía llegarse a ella únicamente en caballos. Pero los Rinaldi se permitieron adquirir algunos corceles finos para su transporte, puesto que el paduano prefirió vender sus animales antes que tener de nuevo a seres que hubieran tocado la propiedad de los Grasso.

El temor por aquel lugar y la familia que lo habitaba provocó que los Rinaldi comenzaran a cuestionarse si era sensato continuar con el compromiso, puesto que muchachas millonarias no escaseaban y Alessandro era un joven atractivo y se podría permitir cualquier otra jovencita para desposar.

Aunque este juicio era propio de la señora Liliana Rinaldi, madre de los muchachos. El señor Martino Rinaldi no compartía tales inquietudes. Él aún mantenía su palabra, o quizás era la misma fortuna la cual lo obligaba a aferrarse a la familia Grasso.

Inoportunas condiciones los obligaron a dejar la ciudad atrás montados en caballos de doscientas liras cada uno, además de un carruaje lo suficientemente grande para llevar las pertenencias.

Sin embargo, las miradas que los despidieron fueron incluso más hoscas y prejuiciosas que aquellas que los recibieron, pero esto poco le importó al señor Martino Rinaldi.

Se encontraron cabalgando bajo la llovizna cerca de dos horas, hasta que a pocos metros después del Río Brenta, el sendero de barro le abrió paso a la propiedad de los Grasso. Los abundantes campos que pertenecían a la familia no hizo más que alentar al señor Rinaldi, quien con una amplia sonrisa instaba a su familia a apresurarse.

—Espero que Donovan Grasso sea lo contrario a los comentarios porque necesitaremos buena atención, estamos empapados y no me extrañaría si alguno enfermase pronto—comentó Donatella cabalgando entre sus hermanos.

La joven Rinaldi no solía montar como el resto de las damas, ella prefería hacerlo tal como los caballeros lo practicaban, a diferencia de su madre, quien no abandonaba sus modales ensayados. Donatella llegaba a ser tan tosca como sus hermanos, después de todo ella y Terzo eran gemelos, con veinte años recién cumplidos y sin ofertas de matrimonio

para ninguno.

—Después de tan afables referencias no me extrañaría que de joven no tuviese nada, escuché que es ya un viudo, así que si sus cabellos son cenizos poco me impresionaría. Un anciano malhumorado es quien seguramente nos recibirá, así que no esperes una atención amable de su parte—sentenció Terzo con su habitual aire sarcástico y de buen humor.

—Debo recordaros, hermanos, que habláis del futuro cuñado de Sandro, deberíamos ser respetuosos—dijo Francesco mirando en derredor.

—Francesco tiene razón, serán nuestra familia, le debemos respeto, sobre todo por su aparente perdida—respondió Alessandro adelantándose a ellos.

Terzo y Donatella se encogieron de hombros mientras a su alrededor el barro impedía que los caballos avanzaran con facilidad. Los rodeaban arboles viejos y con cortezas desagradables que daban la impresión de tener rostros en agonía. Las gotas que descendían de aquellas hojas grandes y oscuras eran pesadas, resonaban contra sus ropas.

Alessandro advirtió la presencia de un animal en los alrededores. Un ser que se arrastraba entre las ramas y las hacía crujir. Detuvo su caballo mientras el resto caminaba con naturalidad inmutándose de aquella bestia.

La mirada del muchacho se clavó en la sombra que se detuvo entre los árboles amenazantes. Entre la oscuridad de la inquietante imagen resplandecieron un par de ojos dorados. Alessandro sintió escalofríos, le fue imposible pronunciar palabra alguna, era como si todo su cuerpo se paralizara, tuvo la sensación de que la mandíbula se entumeció al mismo tiempo que alguien respiró sobre su cuello erizándole la piel.

El muchacho se volvió de inmediato sólo para encontrar a los sirvientes conduciendo el carruaje, pero ninguno lo suficientemente cerca.

Cuando volvió la mirada hacia los árboles, la silueta había desaparecido, y con precipitación se abalanzó a él un cuervo que batió las alas sobre el rostro del muchacho. El caballo negro piafó haciéndolo caer al barro. Alessandro frunció el ceño al impactarse contra las rocas escondidas y pesadamente se incorporó sobre sus codos, pero aquella sombra no volvió más.

—¡Sandro! —gritó Donatella al encontrar a su hermano tumbado en el

sendero.

Sus hermanos se detuvieron ante el alarido de la muchacha, quien sin pensarlo bajó del caballo blanco y se aproximó a él.

—¡Madre mía! —dijo Martino Rinaldi saltando de su caballo.

La atención que Alessandro recibía por parte de su padre resultaba abrumadora en ocasiones, pero Terzo sabía que aquel interés repentino tenía su base en la futura herencia.

—Espera—dijo Terzo ante el impetuoso acto de su gemela.

El mayor de los Rinaldi se vio obligado a desmontar, no podía permitirse ser menos atento que su hermana.

En consecuencia, todos se detuvieron. El rostro de la señora Rinaldi evidenció su desagradable sorpresa ante el incidente. Miró el barro y se rehusó a ensuciarse las faldas, tan sólo apretó las riendas del caballo marrón frunciendo ligeramente los labios delgados.

—¿Querido, te encuentras bien? —preguntó Liliana Rinaldi desde su caballo.

—No ha pasado nada, estoy bien—dijo Alessandro cuando su padre le ayudaba a levantarse.

—¿Seguro? —Martino inspeccionaba minuciosamente a su hijo.

—Padre, me encuentro bien—repuso el joven algo cohibido.

—Descuida, querido padre, habrá boda. Sandro no podría estar mejor—comentó Donatella.

—Sí, esa fortuna aún está en tus lares—agregó Terzo cruzándose de brazos.

—Por Dios, muchachos, no hay padre en el mundo que prefiera monedas a la salud de sus hijos.

—¿Sandro? —preguntó de nuevo Liliana de Rinaldi.

—Está bien, madre, Sandro sólo deseaba retrasar más el viaje, su gusto por las bromas nos ha llevado a esto—argumentó Terzo con mirada divertida.

—¿Qué sucedió? —preguntó Francesco corriendo hacia ellos.

—El viaje ha sido cansado… es todo—respondió Alessandro sacudiendo sus ropas.

—Nos has dado un susto de muerte, Sandro, no es momento para tus bromas. Mírate ahora, estás por completo indispuesto. ¿Qué pensará la joven Grasso? —repuso Donatella tratando de limpiar la chaqueta de su hermano.

—Deben estar acostumbrados a lo peor, no puedes pedir demasiado cuando cargas con una villa maldita y los malos deseos de tus vecinos ¿no creen? —bromeó Terzo.

—Por Dios, Terzo—arguyó su padre y decidió regresar a su caballo.

Pero no recibió más respuesta que las palabras de su padre y sonrisa de Francesco. Él sólo tenía trece años y siempre encontraba gracioso el sarcasmo de Terzo, incluso cuando resultaba inapropiado.

—Continuemos, mina de oro—instó Terzo dando una palmadita en la espalda de Alessandro.

—Terzo, por favor—masculló Donatella poniendo los ojos en blanco.

—¿Ahora qué? Sois todos insípidos. Trato de hacer más ligero este horrible viaje.

Pero Donatella se limitó a volver al corcel y subir a él de un solo salto.

—Creo que lo haces bien—comentó Francesco.

—Porque eres un hombre culto.

—Por desgracia Terzo tiene razón—intervino Alessandro—. Es mejor que continuemos.

—Como desees—repuso Terzo.

Y sin más comentarios, cada uno subió de nuevo a su caballo reanudando su viaje pues estaban a pocos minutos de toparse con la villa Paradiso.

Capítulo 3

El nombre Paradiso no podía hacer suficiente halago a tan esplendoroso lugar. Los jardines que recibieron a los Rinaldi eran cautivadores, perfectamente podados y tan verdes que difícilmente se creía que el otoño hubiese tocado aquellas tierras. Los muros que protegía la fortaleza eran antiguos, se evidenciaba por la cantidad de detalles en el diseño.

Las verjas negras se abrieron ante ellos, el sablón de la familia imperaba en los barrotes negros; el lobo parecía llorar en el hierro.

Pero resultó extraño que no hubiese algún sirviente abriendo las verjas, algo que incomodó a los viajeros por algunos segundos, sin embargo, nadie comentó algo al respecto.

Hablar de lo hermosa que era la villa resultaba difícil, al mirar la larga fuente que descansaba ante la estructura, la cual además disfrutaba de tener tres niveles separados por escalinatas y era protegida por estatuas renacentistas de mármol.

Además, los jardines minuciosamente podados ayudaron a limpiar los cascos de los caballos cansados. Más no los instaron a apresurarse, los viajeros prestaban más atención al edificio de amplios ventanales, cuyos techos azules recortaban los celajes. Eran en verdad el paraíso, los frutos en los árboles despertaron el apetito de todos, no dejaban de maravillarse con la opulencia de aquel lugar.

Entonces llegaron hasta las puertas de la villa. Y hasta ese momento acudieron a ellos la servidumbre de los Grasso. Hombres y mujeres de impecables uniformes, así como perfectos modales, pero cuya piel era extremadamente blanca además de estar surcadas por grotescas arrugas, de cierto modo extraño encajaban con el paisaje. Estos, con el mayor respeto los invitaron a pasar.

El primer salón tenía el solado de mármol negro y columnas blancas con ornamentos dorados donde se encontraban algunos lobos con feroces poses.

Los ventanales gozaban de tener largas cortinas de terciopelo azul noche, atadas con cuerdas de hilos de oro, de nuevo yacían armoniosamente las estatuas renacentistas de voluptuosas mujeres.

Sin embargo, la dama que llamó su atención fue la señora Loderana Grasso, la futura suegra de Alessandro, quien con mirada desdeñosa esperó a que la familia se encontrara a un metro de ella. Aquella mujer

tenía los cabellos cobrizos algo empolvados por la vejez, poseía una mirada dorada arrogante y una postura orgullosa porque su fortuna así se lo permitía. Su vestido purpura irradiaba su ridículo precio, así como los anillos en las puntas de sus dedos esqueléticos que parecían garras de oro y amatista.

—Mi señora, os presento al señor Rinaldi, la señora de Rinaldi, el joven Rinaldi, la joven Rinaldi, el joven Rinaldi y el joven Rinaldi—presentaba el mayordomo a la vez que cada miembro reverenciaba.

La mujer no respondió. Sólo dirigió su mirada hacia las ropas empapadas y los dobladillos de las damas cubiertos de barro.

—Disculpe nuestra imagen, señora Grasso, el viaje no nos ha tratado de la mejor manera—anunció Martino Rinaldi.

Entonces, una mueca parecida a una sonrisa se presentó en los labios de Loderana Grasso.

—No os preocupéis, sé desde luego que llegar a este lugar no es sencillo y que por supuesto no gozamos de la mejor reputación en la ciudad. Espero que no os habéis dejado influenciar por aquellos que nos desprecian y que aceptéis mi más sincero regocijo ante vuestra llegada.

—Desde luego, mi señora. No consideramos como verdaderos aquellos funestos comentarios pues sabemos que la envidia es su principal motivo—respondió Martino.

Loderana se sonrió.

—Entonces debéis cambiaros de prendas o cogeréis un refriado. Mi hijo os recibirá cuando os encontréis dispuestos, es a él a quien debéis impresionar. Giacomo os enseñará vuestras habitaciones.

Más cuando los ojos dorados de Loderana se toparon con el joven Francesco, no pudo esconder su desaprobación. No le dedicó más que una esporádica evaluación provocando que el muchacho se sintiese incómodo ante su presencia.

—Es por la ropa, es sólo por eso—musitó Alessandro cuando Loderana les dio la espalda.

Aunque poco convencido por las palabras de su hermano, Francesco asintió.

Y el mayordomo no demoró en conducirlos a las habitaciones mientras Loderana subía por las amplias escaleras en el centro del salón. Giacomo los condujo a través de los pasillos alfombrados con azul noche, aquellos

con paredes blancas y pinturas antiguas de pintores desconocidos. Las imágenes armonizaban irónicamente puesto que no eran más que representaciones aterradoras de bestias humanoides y demonios atormentando inocentes, la sangre era lo más bello del lienzo, el vivo carmesí resaltando en los grises verdosos. Alessandro reconoció algunas obras de Francisco de Goya y por unos segundos se mantuvo contemplando "El alquelarre", hasta que Francesco lo instó a caminar.

No esperaban menos que una habitación para cada miembro, y Martino Rinaldi no evitó siquiera solicitar la alcoba más opulenta que tuviese, y le fue asignada aquella que tenía la vista perfecta hacia el Río Brenta.

Mientras que los muchachos fueron conducidos a sus respectivas habitaciones. Más el mayordomo no asignó alcoba alguna para Francesco.

—También es un Rinaldi, necesita una habitación—dijo Terzo con voz dura al ver que Giacomo se volvía despreocupado.

—Por supuesto, lo lamento, mi señor, aquella es su habitación—señaló el mayordomo a la puerta a la derecha de Terzo.

—Está bien, Terzo, aún me aterra dormir solo, ¿podría compartir habitación contigo? —preguntó Francesco simulando ser ajeno.

Terzo vaciló unos segundos.

—Está bien… pero ha sido una completa falta de decoro—espetó por lo bajo, mirando al anciano.

—Veamos la habitación—intervino Francesco antes de que su hermano comenzara alguna escena ridícula.

De esta manera cada uno entró a su recamara, la cual no escatimaba en lujos. Poseían los más finos muebles y las alfombras más costosas fabricadas en la India. No faltaba en ellas un retrato de un anciano con traje antiguo renacentista, que colgaba ante la cama con sábanas de fina seda.

Se trataba del primer Grasso, un retrato cuya fecha era del año 1442 y firmado por un anónimo.

Mientras Alessandro inspeccionaba los detalles en la habitación, los sirvientes dejaban sus pertenencias en el interior, comenzaban a acomodar los trajes del muchacho, así como sus artículos de recreación, él tenía un singular gusto por los edificios a escala y había llevado consigo todas sus herramientas, así como una representación a escala del Ponte di Rialto únicamente destinado a su prometida, un obsequio que su padre

había insistido en entregar pues el fallecido Giacinto Grasso mencionó que su nieta nunca había salido de la villa, y mucho menos de Padua.

—Joven amo, su ducha está lista—anunció la mujer con traje húmedo a espaldas del muchacho.

Alessandro dio un último vistazo al retrato, los ojos dorados de aquel hombre parecían escrutar cada movimiento en la habitación.

—Está bien, Giada, ahora voy—dijo Alessandro, en voz baja.

Capítulo 4

Alessandro permaneció dentro de la bañera más tiempo del que hubiese planeado. De cierto era que no estaba de acuerdo con el precipitado compromiso, no sabía nada acerca de los Grasso y eso le resultaba incómodo. Además, atribuía su descontento a los hábiles comentarios de su hermano, que pese a ser no más que bromas, parecían esconder una incómoda verdad.

Y es que Martino Rinaldi había tomado la empresa de casar a sus herederos con personajes graves y finos, pero que fuesen el doble de ricos que ellos. No importaba si se tratase de él, Terzo o Donatella, era su padre quien habría de elegir a sus cónyuges.

Sin embargo, sus vagas meditaciones se vieron interrumpidas por su madre, quien entró a su habitación haciendo resonar sus tacones.

Alessandro se incorporó en la bañera y dirigió la mirada hacia la puerta que se abría con brusquedad.

—Sandro—dijo Liliana en seco sosteniendo los picaportes dorados.

Por su parte, el muchacho se levantó para salir antes de que ella lo mencionara. La mujer se volvió de inmediato, indignada con aquel acto de su hijo, no lo miró, permaneció dándole la espalda, al mismo tiempo que entrelazaba los dedos y el cuerpo desnudo de su hijo abandonaba la bañera.

—¿Por qué has demorado tanto?, Donovan Grasso nos espera en la terraza, ¿acaso deseas avergonzarnos? —espetó la mujer con perfectos rizos dorados.

—Permítame disculparme, madre, el cansancio del viaje me ha conseguido dominar por algunos minutos—respondió el joven mientras deslizaba la toalla blanca por su piel mojada.

—Tendrás tiempo suficiente para descansar, pero tu prioridad ahora debe ser este compromiso. Aún no comprendes la bendición que has tenido, por alguna razón personal te escogieron entre otros adinerados pretendientes y debes hacer valer esa decisión.

Entonces un par de sirvientes se colaron en el cuarto de baño con las ropas limpias para su joven amo. Él dejó que comenzaran a vestirlo con

tranquilidad.

—Sé que esperan que os decepcione. Terzo lo haría mejor. Es atractivo, tiene modales poco afectados y hace reír a las damas. Por desgracia, madre, no soy Terzo y me alentaría si tan sólo confiasen en mí una vez.

—Confiamos en ti, Sandro, o no habríamos viajado hasta este lugar. Pero eso no te da excusa suficiente para ser impuntual.

—¿En dónde está el afortunado? —preguntó Martino entrando a la habitación, llevaba una amplia sonrisa en los labios y escudriñaba el alrededor.

—Si quiera se ha vestido aún—arguyó Liliana clavando la mirada marrón sobre su esposo.

—¿Cómo dices? —El rostro de Martino abandonó su felicidad—Sandro, muchacho imprudente, ¿a qué esperas?, ¿qué el señor Grasso asista personalmente a tu habitación?

Pero el respeto por sus padres le impidió hablar, él sólo dejó que los sirvientes terminasen de vestirle, y una vez su traje estuvo completo se acomodó los puños y se dirigió hacia sus padres. Martino se sonrió con regocijo.

—Todo un caballero italiano, tal como tu padre—lisonjeó Martino inspeccionando a su hijo.

Alessandro suspiró y desvió la mirada hacia el retrato en la habitación deseando que aquel desconocido dijera lo que evidentemente reflejaban sus ojos.

Mientras se dirigían hacia la terraza donde Donovan Grasso les esperaba, sus padres no dejaban de darle recomendaciones sobre lo que debía responder si el señor de la casa hacia preguntas intimas sobre su familia, y él sólo asentía en completo silencio. Rogó que sus hermanos le acompañasen, pero ellos no tenían cabida en dicho encuentro. Sus nervios desaparecieron dejando solamente la resignación de la misma manera que el mayordomo los dejó ante la puerta que daba a la terraza.

Cuando el anciano abrió las puertas negras, Alessandro apretó las muelas, levantó el mentón y exhaló con brusquedad.

Ante él se presentó una elegante terraza de cuyos techos de cristal caía una cortina de gotas, aquel lugar estaba inundado de jarrones negros

con rosas, pero estas no eran ejemplares comunes pues sus pétalos poseían un vívido color violáceo. Además, descansaban ahí muebles negros que resaltaban en el blanco de los pilares, los cojines tenían bordados con influencias indias perfectamente dibujadas en hilos de oro.

Y, en medio de aquel esplendoroso lugar, había un hombre que miraba hacia los jardines, no se inmutaba de su presencia, se mantenía de pie enfundado en su elegante traje negro.

—Mi señor, os presento a la familia Rinaldi—anunció Giacomo con voz ronca.

El señor dio un sorbo a su copa de vino y con completa tranquilidad dejó la misma en la mesa de centro. Entonces se volvió hacia ellos.

Alessandro no pudo evitar entornar los ojos, confundido, puesto que a él se acercaba un joven de rostro infantil que no parecía ser mayor que Terzo. Poseía cabellos negros rizados y vivaces ojos dorados algo opacados por las leves bolsas bajo los mismos. Era alto y de cuerpo delgado con un andar pomposo y airado. En su rostro dominaba una sonrisa estereotipada con los labios rosados, como maquillados. Su fortuna le reservaba los trajes más finos, usaba además pendientes de amatista en el lóbulo de las orejas, eran discretos y le daban un toque desenfadado, aunque no fuese usual que un joven los usase, mucho menos alguien de tan reservada familia.

—Donovan Cosimo Grasso—se presentó él mismo reverenciando, apoyado en su bastón dorado.

Los tres Rinaldi saludaron con asombro pues esperaban a un señor de mayor edad, y no al adolescente de semblante orgulloso ante ellos. Incluso había influido en Martino, enmudeciéndolo en esos segundos.

—Por favor, tomad asiento, mis señores—invitó Donovan con la suave voz jovial.

Y los invitados obedecieron en completo silencio. Los Rinaldi tomaron asiento, observaron que la sirvienta les facilitara el té en las finas tazas de porcelana blanca. Alessandro miró con atención la bebida humeando de color cobrizo.

—¿Sois siempre tan elocuentes, mis señores? —comentó Donovan sonriendo, tomó asiento ante ellos.

—Oh, disculpadnos, señor Grasso—respondió Martino tomando la taza de té.

—No os preocupéis. Por el contrario, me sería satisfactorio si alimentaran mi curiosidad sobre vuestro viaje, ¿cómo os ha recibido Padua?

—Con una lluvia de infortunios, señor Grasso, pero el querer es poder, siempre lo he dicho—respondió Martino, recuperando su habilidad para conversar con personajes graves como el señor Grasso.

—Por supuesto. Regocijaos como en vuestro hogar, después de todo casi somos familia… y bien, ¿Quién será mi querido cuñado? —preguntó Donovan con la sonrisa acostumbrada a su cortesía.

—Es él, es mi hijo, no espere a que se trate de mí, he perdido mis encantos—dijo Martino posando una mano sobre el hombro de Alessandro.

—Para nada, posee usted aún ese aire noble que cautivaría a cualquier dama, señor. —Donovan se sonrió.

Los Rinaldi sonrieron, Martino negó ligeramente con la cabeza y apoyó su mano derecha sobre su rodilla.

—Entonces, usted es Alessandro Rinaldi, un placer conocerlo. —Donovan adelantó la mano hacia el joven.

—Es un regocijo, señor Grasso—respondió Alessandro con rasgos insípidos en su voz, casi aburrido.

—Que carismático—comentó Donovan mirando a los padres del joven—. Mi abuelo Giacinto sólo deseaba lo mejor para mi adorada Vittoria, y no dudo que haya escogido a un joven prudente, educado y caballeroso para ella. Mi Vittoria es un ángel para toda la familia, realmente lo más importante.

—Debe creernos, señor Grasso, Alessandro es el único digno para tan inmaculada jovencita, de eso no hay duda—comentó Liliana sonriendo.

Sus padres no dejaban de presentar al muchacho como un artista expone su más grande creación, lo colocaron en una bandeja de elogios ante el señor Grasso, quien expectante contemplaba los gestos de Alessandro. Donovan se sonreía de vez en vez y asentía a los cumplidos que los señores Rinaldi decían sobre su hijo.

Pero cuando Martino concluyó sus argumentos, Donovan sólo esbozó una sonrisa desinteresada, con un gesto que podría interpretarse como indiferencia por la cantidad de adornos que había colocado sobre

Alessandro.

—Giacomo—llamó el muchacho con voz seca, intimidante, pero pronto recuperó su sonrisa ensayada para la ocasión.

Entonces el anciano se acercó a ellos, asintió saludando a su amo.

—Mi hermana—ordenó Donovan mirando al mayordomo.

—De inmediato, señor.

—Es una dulce criatura, os fascinará—musitó Donovan con cierta complicidad jovial.

Los señores Rinaldi sonrieron, y Alessandro, por su parte, se puso de pie esperando que la señorita Grasso entrase al lugar.

Pasaron algunos segundos cuando una bella silueta se acercó a ellos. Vittoria Grasso era una jovencita delicadamente robusta, nada escuálida, con formas voluminosas que la volvían un ser hermoso, resaltaba en su pálido rostro ovalado unas mejillas rosadas adornadas por una lluvia de pecas, poseía espesa cabellera azabache, además de grandes ojos dorados con cejas gruesas y abundantes pestañas. Sus labios eran exquisitamente rosados, siendo el inferior un poco más grueso.

Alessanro vaciló mientras ella se acercaba con timidez envuelta primorosamente en su vestido rosa con lazos negros y listones rosas en el cabello recogido en rizos.

—Mi ángel—saludó Donovan levantándose de su asiento, extendió la mano hacia su hermana.

Mientras que Vittoria tomó la mano desnuda de su hermano, reverenció a los Rinaldi, ellos se pusieron de pie para saludarla.

—Él es Martino Rinaldi, y su esposa Liliana de Rinaldi—presentó Donovan con cordialidad.

—Querida—respondió Liliana con alegría, y se acercó a la muchacha para abrazarla.

Vittoria se sonrió ante el buen gesto de la señora Rinaldi. Después fue Martino quien besó la mano de la jovencita.

—Un verdadero ángel—lisonjeó Martino retrocediendo.

—Y él es Alessandro Rinaldi—presentó Donovan con voz queda.

Entonces Vittoria dirigió la mirada hacia el muchacho. Alessandro pestañeó rápido disipando sus nervios, y besó la mano de la quinceañera.

—Soñaba con este momento, señorita Grasso—comentó Alessandro.

Pero Vittoria no respondió, ella sólo asintió con amabilidad y una sonrisa tímida.

—¿Qué opinas, querida? —Donovan tomó la mano de su hermana.

—Vittoria vaciló unos segundos.

—Parece un buen caballero—respondió ella evitando la mirada de su prometido.

—Así parece—dijo Donovan con un aire retador.

Alessandro apretó las muelas.

—Desearíamos una audiencia privada con el joven Alessandro, mis señores—solicitó Donovan con formalidad.

—Por supuesto, señor Grasso, por supuesto, os dejamos a solas—dijo Martino sosteniendo la mano de su esposa.

—Con vuestro permiso—se despidió Liliana asintiendo.

Alessandro apretó los labios y entrelazó las manos ante la intimidante mirada de Donovan Grasso. El silencio entre ellos permaneció hasta que la puerta se cerró liberándolos de la presencia de los señores Rinaldi.

Entonces Donovan invitó a su hermana a tomar asiento. Se apoyó en su bastón escrutando al joven.

—Agradezco su confianza, señor Grasso—comentó Alessandro intentando romper el incómodo momento.

—Por favor, basta de tanta formalidad, pronto compartirás el lecho de mi hermana.

Alessandro no encontró palabras para responder. Meditó unos segundos.

—No deseo faltaros al respeto, señor Grasso, pero si es su petición

más sincera, sea—respondió Alessandro, con las manos sobre la espalda.

—No debe ser tímido—comentó Vittoria cogiendo una taza de té.

Alessandro la miró, pero no hubo un solo gesto que respondiera a su comentario.

—Descuide, señorita, pero soy un caballero, no insultaría a nadie siquiera después de ser abofeteado por un guante, además ante una dama tan distinguida, no esperarían que me comportase como un granuja. Aunque es algo que las damas hacen parecer sencillo.

—¿El qué? —preguntó Vittoria apoyando su barbilla sobre sus manos, con incesante curiosidad.

—Socializar—dijo Alessandro en seco.

—Rinaldi, aterrarás a la dama—bromeó Donovan.

—Y ofendería a la dama si me rehusara a responder. De cierto, os digo, señores. Para una dama es sencillo empatizar en cualquier lugar, llegan, se enamoran de algo y lo toman, pero un hombre debe evitar quedar como un bufón. Y si hay algo que un hombre debe hacer es impresionar con sofisticación, eso le da a uno crédito, al final de cuentas vivimos por ellas y para ellas.

—¿Cree usted que nos ha impresionado?, ¿a eso se debe tanto silencio?, usted debe temer pronunciar las palabras incorrectas para que nos prive de sus conversaciones naturales y nos ofrezca nada más que su visión superficial de un caballero—Vittoria lo miró.

—Vittoria. Rinaldi, espero excuse a mi joven hermana por sus insípidas palabras —replicó Donovan volviéndose hacia la muchacha.

—Muchos detestan escuchar su propia verdad en la boca de alguien más. No se disculpe, señorita Grasso. Pocas veces he escuchado a una dama hablar con tal ímpetu sobre sus inquietudes, y sobre todo alguien tan joven como usted.

—Sin embargo, hermana, no es propio de una anfitriona ofender de esa manera a sus invitados, no queremos que tu prometido piense que no has sido educada con suficiente decoro—repuso Donovan con mirada apremiante.

Vittoria se encogió de hombros.

—Acompáñame—ofertó Donovan ladeando la cabeza hacia el final del

tejado.

Alessandro reverenció a la jovencita y después siguió a Donovan.

Ambos se detuvieron ante la cortina de gotas, el paisaje lluvioso acaparaba la atención.

—No eras el único. Había un príncipe ruso, Denis Ivanovich, que anhelaba la mano de Vittoria—inició Donovan sin mirarlo, como si hablase consigo mismo—, pero una extraña enfermedad le arrebató la vida hace más de un año. También conocí a un conde francés, Antoine Delacroix, que se enamoró de ella en cuanto vio su retrato, pero unos hombres le privaron la vida al tratar de conseguir la sortija en su mano. Mi abuelo pensó que se debía a un presagio y que Vittoria debía casarse con un hombre italiano. Giacinto era tradicional, demasiado para mi gusto.

—Lamento escuchar tales perdidas.

—¿Por qué? —Lo miró—, si ellos no hubiesen fallecido no estuvieras a punto de gozar la bendición que nuestros antecesores nos han permitido poseer. Además, siquiera los conociste, no son más que nombres poco memorables.

Pero Alessandro no respondió.

—No seamos hipócritas. Ambos sabemos la razón de esta visita, ¿no es así? Sin embargo, reitero, mi hermana es mi mayor tesoro y debes contribuir con su felicidad, querido Alessandro o perderás algo más que mi aprecio—Donovan acarició la mejilla del joven—, bienvenido a la familia—musitó y besó la frente del muchacho.

Donovan se alejó un par de pasos, suspiró.

—He organizado un banquete para tu familia, querido, deseo conocerlos a todos—añadió Donovan, despreocupado, cambiando por completo aquel semblante siniestro.

Alessandro asintió, inseguro.

La apariencia de los Grasso no concordaba con los rumores que deambulaban en Padua. Aquella familia resultaba agradable de ver, tenían rostros inocentes que hipnotizaban, eran ángeles que moraban en ese paraíso asilado de la prejuiciosa ciudad.

Sin embargo, había algo enigmático, incluso inquietante, y era el dorado en su mirada, como dos monedas de oro, un color inusual. Además de su evidente obsesión por usar amatistas en su joyería, una piedra que Alessandro había advertido en el hombre del retrato en su

habitación.

Pero las palabras de Donovan Grasso estaban lejos de ser amables, el joven había palpado la amenaza en ese tono suave haciendo que se convenciera del error que su padre había cometido al viajar a Paradiso.

Capítulo 5

Donatella terminó de acomodar sus rizos en el moño perfecto, se miró algunos segundos en el espejo ovalado y obligó a un par de mechones a abandonar su orden para que cayeran sobre su frente. Una vez se sintió orgullosa de su trabajo se levantó del taburete.

Sus sirvientes habían terminado de acomodar sus pertenencias y no había nadie, además de ella, dentro de la habitación.

Por lo que Donatella se detuvo en el centro del dormitorio poniéndose en jarras. Resopló y los rizos se sacudieron levemente. Ella sabía que en ese momento sus padres y su hermano se encontraban hablando con el señor Grasso, y aunque deseara conocerlo no sería cortés interrumpir en una conversación tan ajena como aquella.

Sin embargo, no se planteó el proyecto de espiar a dicho señor, aunque eso no le impedía merodear por algunos rincones de la villa para disipar su aburrimiento. Salió entonces de la habitación, y cuando cerró la puerta con suavidad para no alertar a nadie, una mucama pasó ante ella, llevaba un cesto de mimbre donde habían depositado las prendas húmedas con las cuales habían llegado a la residencia.

La mujer pálida asintió en forma de saludo, pero en ningún momento prestó más atención que su particular cortesía. Y Donatella no hizo movimiento alguno hasta que el pasillo se encontró en completo silencio.

Después tomó la iniciativa de inspeccionar el lugar y sin pensarlo más desvió su mirada hacia la izquierda. La alfombra minimizaba el sonido de sus pasos y el dobladillo de sus faldas emitía un murmullo sordo mientras ella no hacía más que prestar atención a los inquietantes detalles de la villa.

Era evidente que su padre no había mentido al vanagloriar a la familia Grasso. Todo el esplendor que hablaba al referirse a esa familia paduana resultaba inferior al estar recorriendo aquellos pasillos.

Aunque sólo conociese a la señora de la casa, ella ansiaba ver al resto de la familia, ¿serían igual de intimidantes que ella?, ¿qué tan longevo era Donovan Grasso?, y, sobre todo, ¿de qué maldición hablaban en la ciudad?

Sin embargo, sus pensamientos fueron abruptamente asaltados por la silueta de un niño que se presentó esporádicamente ante ella. La muchacha se detuvo en medio del pasillo cuando aquel pequeño corrió de un pasillo a otro, el niño entró a una parte donde la luz era escasa.

Donatella entornó los ojos, miró en derredor esperando que alguien más se presentase, pero nadie más se acercó. La muchacha vaciló unos segundos, se humedeció los labios y decidió seguir al niño descalzo.

Cuando entró al pasillo privado de claridad, se percató de las pesadas cortinas cerradas. A poco más de dos metros vio que las cortinas azules se movieron, un par de piecitos blancos sobresalían bajo la tela de terciopelo.

Y ella, con sigilo, caminó hacia él. Entonces el pequeño espió y al ver que la muchacha se acercaba se llevó el dedo índice a los labios rosados, luego se sonrió.

Antes de que ella lo sorprendiera, el niño abrió las cortinas de un tiró y saltó ante Donatella, levantó las manitos a la altura de su rostro simulando tener garras y frunció el ceño imitando alguna bestia.

—¡Forastera, forastera! —gritó el niño dando palmaditas, y brincando, emocionado.

Pero ella no dijo palabra alguna. Sólo miró al niño de cabellos negros que saltaba a su alrededor, con una amplia sonrisa en los labios.

La celebración del pequeño fue breve. Después se detuvo ante ella y la reverenció con educación.

—Hola, forastera—dijo el niño con voz queda.

—Hola, pequeño señor—respondió Donatella, algo confundida.

—¿Cómo se llama, señorita? —El niño la miró con curiosidad, él tenía grandes ojos dorados que parecían centellear en la oscuridad.

—Donatella, ¿y usted? —Ella se cruzó de brazos.

—Orazio Grasso, ¿es usted de los Rinaldi de Venecia?

—Y sí, ¿por qué?

—Porque mamá ha hablado de su familia estos días—respondió Orazio encogiéndose de hombros.

—¿Ah sí?, ¿y qué ha dicho? —Donatella se inclinó hacia el niño.

Orazio miró su alrededor y alentó a Donatella para que se acercara, y cuando ella se encontró a la distancia que deseaba, el niño se puso de puntillas, usó sus manitos como barrera para que nadie más escuchara.

—Tengo un amigo secreto—musitó Orazio y retrocedió de inmediato.

Donatella arqueó una ceja.

—Mamá no sabe que juego con él, tampoco mis hermanos. Nadie lo quiere, y él está triste porque no tiene alguien con quien jugar.

—Y este amigo tuyo, ¿a qué nombre responde?

—Thomas. Es un forastero como usted, quizás eso lo haga los mejores amigos.

—Quizás.

—¿Lo quieres conocer?

—Claro—respondió Donatella, despreocupada.

Orazio no habló. Él retrocedió y levantó la mirada mientras apuntaba con el dedo índice hacia ella, subió lentamente su señal.

Donatella escuchó pasos a sus espaldas, no pestañeó, no habló. Ella se volvió, dubitativa.

—Es Thomas—dijo Orazio con emoción.

Y para Donatella fue imposible ignorar al hombretón que la miraba por lo bajo cuya nariz aguileña resopló con desagrado. Se trataba de un sujeto de al menos cuarenta años bien aparentados en un cuerpo esbelto, cuyos cabellos castaños caían sobre sus hombros anchos, poseía cejas pobladas y largas pestañas que no hacían sino resaltar el color dorados de sus ojos profundos. Tenía el ceño fruncido y las manos algo esqueléticas, sus uñas parecían más largas de lo aceptable.

Pero la muchacha no fue capaz de hablar. Aquel hombre la intimidó, y cuando acercó su tosca mano hacia el rostro de Donatella, ella sólo suspiró. El hombre tocó el rizo sobre la frente de la jovencita, tiró de él haciendo que se contrajera.

—Será nuestra amiga, Thomas. Ella no le dirá a mamá, ¿cierto?

—comentó Orazio tomando la fría mano de Donatella.

Entonces ella asintió, nerviosa.

Por su parte, Thomas se inclinó hacia Donatella y la olfateó. Ella sintió su respiración cálida sobre su mejilla, lo miró de soslayo.

—Señor, esto me resulta agobiante—balbuceó Donatella retrocediendo.

Sin embargo, él sólo se sonrió en una mueca retorcida.

—Es una dama reservada—comentó Thomas, tenía una voz ronca, desagradable.

—Pero es bonita, Thomas… ¿será tu damisela? —preguntó Orazio con cierta inocencia.

No hubo respuesta por parte de Thomas.

—Fue un placer conocerlos, pero me temo que debo volver, mis padres deben preguntarse dónde estoy.

—Pero jugaríamos a las escondidas.

—La dama tiene razón, Orazio. Nosotros la buscaremos más tarde. Mientras tanto jugaremos a la trampa del silencio—intervino Thomas.

—¿Qué significa? —pregunto Donatella, incómoda.

—Es un juego. Si hablas sobre la trampa el lobo te comerá—respondió Orazio con cierto aire lúgubre—, y está en el bosque, él vendrá.

—No debes decir esto a nadie, señorita—amenazó Thomas deslizando sus nudillos sobre la mejilla de la muchacha— o la bestia vendrá por ti y nadie le podrá detener.

Donatella lo miró a los ojos, era como si aquel par de gemas doradas le escrutaran con agresividad.

—Juguemos nosotros, Thomas, ella vendrá después—instó Orazio tomando la mano izquierda del hombre.

Y sin decir algo más, ambos se alejaron hacia la oscuridad del pasillo. Donatella contuvo el aliento hasta que los vio desaparecer en el velo negro.

Después exhaló con brusquedad tratando de asimilar lo que había sucedido, pero no podía pensar más que en ese par de ojos penetrantes y el rostro melancólico.

Capítulo 6

Cuando Terzo vio que su hermano y sus padres entraron a la habitación del muchacho instó a Francesco a seguirle.

—¿No sería mejor esperar a que ellos nos convoquen? —preguntó Francesco sentado en el pretil de la gran ventana mientras dibujaba.

—Eso nunca pasará, padre olvida hablarnos cuando algo más le interesa. Vamos, Sandro nos debe necesitar. Ahora mismo debe estar siendo atosigado por nuestro querido padre.

—Bien, pero debemos hablar también con Donatella.

—Debe estar en su alcoba. Vamos.

Entonces salieron de la habitación. Fue Francesco quien se dirigió a la recamara de su hermana y dio un par de golpes, retrocedió a espera de su respuesta.

—Donatella—llamó Francesco.

Pero nadie habló.

—¿Donatella? —repitió Francesco, extrañado.

Cuando Terzo desvió la mirada hacia el pasillo a su derecha vio a su hermana. Ella tenía la mirada pensativa y un andar lento, completamente ensimismada.

—Francesco—dijo Terzo.

Y el muchachito volvió el rostro encontrando a su hermana.

—Dona… ¿Dona?, ¿te encuentras bien? —inquirió Francesco volviéndose hacia ella.

Entonces Donatella pestañeó rápido, sacudió la cabeza levemente y se sonrió al verlos, apresuró el paso.

—Sí. Sí, estoy bien, estaba extraviada, me encontraba explorando la mansión y los pasillos me confundieron un poco. Pero, ¿qué ocurre? —dijo

Donatella deteniéndose frente a sus hermanos.

—Sandro ha regresado, debemos saber que sucedió. — Terzo caminó hacia la puerta negra ante ellos.

No hubo objeción por parte de los muchachos, ellos se limitaron a seguir a Terzo, quien con la mirada casi aburrida abrió la puerta encontrando a Alessandro sentado en el diván blanco, con su padre a la derecha y su madre parloteando ante ellos.

Alessandro de inmediato reparó en sus hermanos y no pudo esconder su tranquilidad ante su interrupción.

—Oh, queridos, felicitad a vuestro hermano. La audiencia con el señor Donovan Grasso resultó maravillosa—anunció su madre con una amplia sonrisa en los labios.

—Puedo notar ese regocijo en el rostro de Sandro, incluso creo que nos ha contagiado tanta dicha—comentó Terzo acercándose a ellos.

Alessandro se sonrió.

—¿Qué os ha dicho? —preguntó Donatella tomando asiento ante su hermano y su padre.

—Ha quedado encantado con mi querido Sandro. Era de esperarse, miradlo, ¿cómo no le amaría? —lisonjeó Liliana.

—Eres hermoso, Sandro, yo te amo también—bromeó Terzo descansando los brazos en el respaldo del sillón, se cruzó de piernas.

—Hablo en serio, Terzo, deja de mofarte de tu hermano—carraspeó Martino, inconforme.

—Es sólo resignación. Soy él último en su lista, los demás se encontraron indispuestos.

—Y es una desgracia. La señorita Grasso es un verdadero ángel, sólo mi Donatella iguala su belleza—señaló Liliana sentándose a la derecha de su hija, le tomó la mano a la muchacha.

Pero Donatella sólo respondió con una suave sonrisa.

—El señor Donovan Grasso ha preparado un banquete para darnos la bienvenida—dijo Martino Rinaldi intentando aparentar su enorme felicidad.

—Un banquete ostentoso, ¿cierto? —preguntó Terzo rascándose la comisura de los labios.

—No esperaría menos del señor Grasso—repuso Martino encogiéndose de hombros.

Terzo arqueó ambas cejas, y Francesco infló las mejillas, pero Alessandro sólo bajó la mirada. Donatella estaba perdida en sus pensamientos, como si nada de lo que se mencionaba le interesara.

El salón poseía esas influencias barrocas que eran difíciles de ignorar. Parecía un palacio con ornamentos dorados y grandes retratos de cada Grasso que había existido.

Algo que desconcertó a los Rinaldi en primer momento fue el peculiar comedor en forma de media luna. Las sillas tenían cojines de terciopelo azul y respaldos altos con sorprendentes formas talladas en la madera negra.

Además de esto, yacía ante éste un escenario preparado para los músicos que comenzaban a preparar las partituras de su próxima melodía.

Mientras que Terzo inspeccionaba el lugar sin comentar nada al respecto. Los Rinaldi usaban sus mejores ropas, dignas para la ocasión, no habían escatimado en ello puesto que debían impresionar a los Grasso demostrando que eran tan refinados como ellos.

Sin embargo, aunque el banquete ya estaba servido, nadie ocupó lugar alguno en el comedor de manteles azules.

Entonces los Grasso entraron al lugar.

Un joven de andar despreocupado y elegante traje negro dirigía a las dos damas. Terzo reconoció a Loderana, y asumió que la adolescente era la prometida de su hermano. Los acompañaba también un niño que rondaba los siete años, quizás los seis.

Pero ninguno de los miembros de la familia le atrajo más que el muchacho entre las señoras. Donovan Grasso resultó ser todo lo contrario a lo que había imaginado, tenía un rostro romántico, sus labios, de un perfecto color rosado, le daban ese aire infantil que erizó la piel de Terzo.

Tan deslumbrante imagen hizo enmudecer al sarcástico Terzo Rinaldi. El muchacho saludó a Donovan Grasso con la educación más hosca que

sus nervios le permitieron.

—Es un placer conocer a los hermanos de nuestro querido Alessandro, pero, ¿cuáles son vuestros nombres? —preguntó Donovan.

—Ella es Donatella. Terzo y Francesco—anunció Martino con orgullo mientras ellos saludaban con un cordial asentimiento de cabeza.

—Un placer. Pero, por favor, tomad asiento, este banquete es en vuestro honor, ahora seremos una familia—invitó Loderana con una suave sonrisa.

Antes de moverse, Terzo miró de nuevo a Donovan quien le ofreció una sonrisa pretenciosa y extendió el brazo hacia el comedor.

—Por favor, siéntese conmigo, deseo hablar con alguien de mi edad o me aburriré en esta velada—dijo Donovan con amabilidad.

—Creo ser mayor, señor Grasso—respondió Terzo, en seco.

—¿Qué edad tiene?

—Veinte años, recién cumplidos.

—En ese caso debe obedecerme puesto que resulto ser mayor al menos por cinco años, además soy el anfitrión y no quiero desfallecer sobre mi postre—dijo Donovan, sonriente.

Terzo apretó las muelas, miró a Donovan incapaz de responder. En evidencia era más alto que el señor Grasso, y también más corpulento por lo que su apariencia neoténica lo incomodó.

Sin embargo, no pudo declinar la invitación de Donovan Grasso, no sólo porque sería una completa falta de decoro, sino porque realmente deseaba acompañarlo.

La postura en contra de comprometerse con una dama de buena fortuna se debía al nulo interés de Terzo hacia las mujeres. Esto era por completo desconocido por sus padres y hermanos, pero dicho secreto no le había privado de romances breves en Venecia con muchachos de destacadas familias. No los recordaba a todos pues se trataba de un desfile de experiencias. Había, sin embargo, un par que no se borraban de su memoria; un modelo de esculturas y un cantante de ópera, ambos hermosos a su manera, pero en ese momento se convenció de que ninguno poseía la belleza de Donovan Grasso.

Y en el momento que los músicos comenzaban a interpretar “Il trillo del diavolo” de Giuseppe Tartini, Terzo se recriminó por su actitud minutos

atrás.

Por el contrario, parte de él se obligaba a abandonar aquellos pensamientos acerca del futuro cuñado de su hermano, sabía que, si llegaba a relacionarse con Donovan Grasso, en caso que compartieran la misma atracción, sus padres estarían advertidos de su secreto, y no podía permitirse aquello.

Tal premisa lo acorraló de inmediato, y de esto Donovan no se inmutaba, tenía la mirada victoriosa de un cazador que adquiere una suculenta presa. pero esta actitud jovial, e incluso seductora, se vio interrumpida en el momento que Alessandro se sentó a la derecha de Vittoria, y como si de un insulto se tratase, Donovan intervino dando un golpecito con su bastón a los pies del muchacho.

—Sé que puedes estar ansioso, querido, pero aún no es prudente tal aproximación a mi hermana. Es ella una jovencita virginal, no es apropiado. Después del matrimonio podrás ocupar un lugar a su lado, por ahora me sería grato que acompañases a tus padres, no debes ser grosero—señaló Donovan con ese suave tono que connotaba sus rigurosos prejuicios hacia el mundo que lo rodeaba.

Sin embargo, Alessandro no articuló palabra alguna en contra de las recomendaciones de Donovan Grasso, él sólo se levantó, con la timidez de un intruso, y ocupó el lugar que su padre le ofreció entre él y Liliana. Martino sonrió para animar al muchacho.

De esa manera, Terzo se encontró a la derecha de Donovan, ambos con sus respectivas familias a sus lados.

A continuación, la orquesta gobernaba con su interpretación mientras los sirvientes ofrecían a cada miembro algo del banquete. En su mayoría eran mariscos, pescados perfectamente condimentados con especias que desprendían sus aromas como si del perfume de una doncella se tratase. También había almejas y langostas, postres agridulces y por entero azucarados con nubes de merengue y frutillas frescas. Además, el vino era de la mejor calidad, con un aroma aterciopelado que parecía contar su propia historia.

Terzo miró su copa, dando la ilusión de que intentaba descifrar aquel enigma de oscuro color rojizo.

—¿Qué le parece el vino? —preguntó Donovan por lo bajo, sin anteponer su voz sobre la orquesta.

—Exquisito, señor Grasso—respondió Terzo mirándolo.

—Es nuestra cosecha, cultivado en estas tierras. Y la comida es vuestra cosecha.

Terzo entornó los ojos, luego arqueó una ceja mientras dejaba la copa de nuevo sobre el mantel.

—Necesitaba saber la calidad de los productos Rinaldi. Así que me tomé el atrevimiento de hacer una compra a su compañía. Veo que son selectivos, eso es bueno. Su familia posee los mejores ejemplares, dignos del paladar más exigente, tal como el mío—dijo Donovan con la sonrisa estereotipada, y una mirada pretenciosa.

Terzo apretó las muelas, deslizó el pulgar a lo largo del cubierto dorado frente a él, se sonrió percatándose del juego del señor Grasso, pues su tono de voz evidenció sus intenciones para con él.

—Si me permite, debo decir que no había probado un vino tan exquisito como este, es evidente que todo lo que crece en esta propiedad será lo más suculento que un hombre podrá degustar, ¿tiene acaso un toque familiar?

—Si eso le ha provocado el vino, no imagino el placer que experimentará al probar la uva en su estado silvestre. Podría convertirse en adicción, señor Rinaldi, se lo garantizo.

Pero Terzo sólo se sonrió y Donovan respondió con una risa casi inaudible, ambos cómplices de un inusual cortejo.

—Me resulta usted más agradable de lo esperado, señor Rinaldi—comentó Donovan dirigiendo su mirada a la orquesta, bebió un sorbo de vino.

—¿Es usted selectivo con sus amistades?

—Por supuesto. Uno no puede ir por la vida confiando en cada rostro que se aparece, muchos utilizan máscaras de conveniencia. Y no hay nada que me sea más desagradable que alguien que humilla a otro para tener su propio pedestal, o peor aún, alguien que simula ser todo bondad, pero no es más que su misma vanidad obligándolo a actuar. Son repugnantes seres artificiales que he tenido la desgracia de conocer.

Por su parte, Terzo miró de soslayo a su padre. Sabía que Martino Rinaldi podría ser fácilmente catalogado entre esas personas. No porque humillase a Alessandro por la fortuna de los Grasso, sino porque era evidente que sus hijos no eran más que productos comerciales para él. Después de todo eran descendientes de una de las antiguas familias de patricios, aquellos que existieron desde antes que Napoleón irrumpiera en

Venecia, antes de los Habsburgo y la revolución del Lombardo-veneto.

La cena había resultado un completo agasajo para la familia Rinaldi, anudado a esto, su asombro por la presentación de la orquesta privada del señor Grasso hizo que la despedida fuese amigable en todos los sentidos.

Y cuando Terzo se encontró tumbado en el diván de la habitación, incapaz de conciliar el sueño, decidió enfrentarse a su insomnio acompañado de un buen libro. Loderana Grasso amablemente les había ofrecido algunas áreas para que pasaran sus ratos libres, y entre esos sitios se encontraba la biblioteca. Por ello Terzo no dudó en dirigirse hacia el recinto de palabras. Sólo dio una inspección a Francesco para percatarse de que dormía con tranquilidad. La luz de la luna provocaba agresivas sombras en el dormitorio, y los árboles más cercanos a la ventana agitaban sus ramas tintineando sobre el cristal empañado por la ligera llovizna.

Convencido de no despertar a su hermano, salió de la habitación. Para Terzo no fue difícil tomar la decisión de permitir a Francesco ocupar la cama. De hecho, Terzo inusualmente le negaba cosas al muchachito, no era esto extraño puesto que había sido él quien encontrase a Francesco en uno de los barcos de carga de su familia. Fue Terzo quien lo mantuvo a salvo en Venecia aquellos días, hasta el momento en que Martino decidió que formaría parte de los Rinaldi como un hijo más.

Algunas veces, Terzo se convencía de apreciar más a Francesco que a Alessandro y Donatella, quizá porque era pequeño y tenía la sensación de que siempre le necesitaría, algo que no siempre ocurría con sus hermanos.

Entonces llegó hasta las puertas de la biblioteca, había dos estatuas negras a ambos lados, se trataba de un par ángeles con lanzas que apuntaban hacia la entrada de puertas rojas.

Cuando abrió, las bisagras emitieron un sonido metálico que resonó entre la biblioteca. De esta manera, se coló al lugar y cerró de inmediato. Sólo había un par de candelabros dorados en la mesa alargada, ambos con seis velas encendidas adornadas de borbotones. Aquel sitio parecía una cueva con misterios esperando por él. Terzo cogió un candelabro, era más ligero de lo que su apariencia dictaba. Pronto se acercó a las repisas atiborradas de libros viejos, leía el lomo con letras doradas.

Pero ningún título parecía capturar su atención. Terzo hizo una mueca

con los labios mientras avanzaba por los pasillos.

Entonces encontró algo peculiar. En la esquina de la repisa más cercana al suelo había un libro tan grueso como la palma de su mano, no había letras en su lomo sino símbolos antiguos que no fue capaz de interpretar. Decidió tomarlo, pero tuvo que dejar el candelabro sobre la madera pulida del solado para sacar el libro de su prisión.

Se puso en cuclillas mientras inspeccionaba la cubierta de cuero rojo. No dudó en abrirlo, su sorpresa fue encontrar páginas completamente en blanco, dio un vistazo a todas las hojas amarillentas, pero lo único que habitaba en su interior era el dibujo desgastado de dos gallos protegiendo una espada coronada.

—También fue extraño para mí—comentó una voz lánguida a su derecha.

Terzo volvió el rostro de inmediato.

Vio un par de ojos dorados resplandeciendo entre la oscuridad del pasillo. Terzo se levantó como si hubiesen tirado de él, trastabilló en retroceso mientras se aferraba al libro abierto.

—No se alarme, señor Rinaldi—continuó—, soy sólo yo—agregó Donovan acercándose a él, la luz de las velas inundó su rostro de sombras perezosas.

—Señor Grasso—dijo Terzo, perplejo.

—¿Insomnio? —preguntó Donovan mirando los libros, mantenía las manos sobre la espalda.

—Es recurrente en mí. No esperaba importunarlo.

—No es el caso, quizá se trate de lo inverso. A veces me es preferible pasar la noche aquí que en mi alcoba. —Donovan se encogió de hombros, luego lo miró de nuevo.

Terzo no respondió, apretó los labios y bajó la mirada. Donovan estaba primorosamente envuelto en una bata negra de seda, los pantalones alargaban sus piernas, llevaba un cabello desenfadado y una camisa tan holgada que le hacía parecer un perchero.

—Acompáñeme, señor Rinaldi—ofreció Donovan con voz queda cogiendo un libro delgado de cubierta verdosa— la mejor hora para leer es cuando la luna nos acompaña—agregó, despreocupado girando sobre sus

talones.

Pero el muchacho no respondió, hipnotizado por el pavoneo de Donovan, Terzo le siguió en sumiso silencio olvidando el candelabro en el suelo. Lo condujo hasta una de las mesas alargadas.

Cuando Donovan dejó el libro sobre la madera, un ruido sordo se apoderó de la calma. Mientras que Terzo abandonó el ejemplar con total tranquilidad, apenas emitiendo un murmullo.

—¿Qué valor puede tener un libro en blanco, señor Grasso?

—Quizás más del que podríamos comprender. Ha estado en mi familia durante décadas, nadie le ha sacado de esta villa, y así debe continuar. ¿Usted creen en lo sobrenatural, señor Rinaldi? —preguntó Donovan acercándose a Terzo.

El muchacho apoyó ambas manos sobre la mesa y lo miró de soslayo.

—No lo sé.

—Entonces hay oportunidad. Una mente deplorable se limita a creer lo que ve o toca, pero las mentes más poderosas pueden incluso profesar algo que jamás han de presenciar, algo en su interior los convence de estar en una realidad que pocos son capaces de sentir, escuchar o ver—así hablaba Donovan con voz queda mientras se inclinaba hacia Terzo y apoyaba su mano sobre el hombro izquierdo del joven.

—¿Qué me dice de la ingenuidad?, ¿o del escepticismo?

—Hay una gran diferencia. La ingenuidad requiere inocencia, si por el contrario se ve unida a la testarudez entonces se convierte en ignorancia. Alguien ingenuo está dispuesto a cambiar su perspectiva. Pero un ignorante no hace sino propiciar la venda que le impide expandir su conocimiento. Por el contrario, el escepticismo podría ser el puente hacia ambas condiciones, dependiendo en cómo se camine.

—¿De qué intenta convencerme? —Terzo se incorporó, lo miró por lo bajo.

Y Donovan se sonrió casi para sus adentros, como si estuviese a punto de ganar algo que no necesitó más esfuerzo que esa sonrisa ensayada.

—Convencer no es la palabra que usaría. No puedo atribuirme el mérito de influir de esa manera en usted. Uno cree lo que quiere creer, o entonces sería manipulación… ¿considera que lo ha manipulado? —preguntó Donovan corrigiendo su postura lo suficiente para estar a

pocos centímetros del rostro de Terzo.

Los grandes ojos dorados lo escrutaron con fiereza, le impedía ignorarlo. Las manos de Terzo comenzaron a temblar al tener tan cerca la presencia de Donovan Grasso y su semblante orgulloso.

—No es manipulación. Es afirmación, señor Rinaldi. No intente aparentar inocencia, sé cuándo una mirada esconde un terrible secreto, y la suya parece gritar.

—¿Qué me dice de su mirada?, ¿acaso esconde un secreto?

—Esconde el infierno.

Entonces Donovan deslizó el pulgar por los labios de Terzo, el joven Rinaldi dejó escapar el aliento, su piel se erizó y su corazón de aceleró.

Sin embargo, como si estuviera en contra de su voluntad, Terzo se inclinó hacia el señor Grasso, rosando la punta de su nariz con la suya.

Pero el sonido de poleas interrumpió en ese momento. Donovan retrocedió con tranquilidad y se apoyó contra la mesa al mismo tiempo que se cruzaba de brazos.

—Orazio—llamó Donovan mirando a Terzo.

Mientras que el muchacho volvió la mirada hacia el librero que giraba mostrando un pasadizo estrecho, de aquel escondite salió el niño pequeño y descalzo en camisón blanco. Cuando el librero regresó a su posición inicial, el niño se apresuró hasta Donovan.

—¿Alguna novedad? —interrogó Donovan inclinándose hacia el niño.

Pero Orazio Grasso negó con la cabeza, sin pestañear, sin pronunciar palabra alguna.

—Entonces a dormir—ordenó Donovan y acarició la barbilla del pequeño.

Hubo silencio. Luego el golpe en eco de las puertas al abrirse y cerrarse sobresaltó a Terzo, quien tímidamente miraba el suelo, evitaba por completo los ojos de Donovan.

—Antes había estado en una situación como esta, aunque no con un joven como usted, claro. —Donovan se encogió de hombros.

—¿Antes?

—Soy un hombre de gustos extravagantes. Me atrae la belleza de las damas y los modales de los caballeros. Ambos provocan en mí un grado de excitación capaz de hacerme abandonar mi discreción. No había pasado desde hace nueve años si bien recuerdo.

—¿Quién fue el afortunado entonces?

—Yo. No podía ser más afortunado al tener a mi lado a mi adorada Nastia, pero las ambiciones del ser humano pueden ser destructivas, señor Rinaldi… y ahora estamos aquí, siempre me veo rodeado de maravillas. Cuando deseo a alguien…—se acercó de nuevo a él— necesito saciar mi curiosidad—musitó.

Pero antes de que Terzo respondiese, Donovan se alejó para luego salir de la biblioteca como si nada se hubiese dicho.

Y el muchacho tan sólo permaneció de pie ante la mesa, con las palabras de Donovan deambulando en su memoria.

Un golpe seco a sus espaldas lo hizo volverse. Guardó silencio mientras sus ojos recorrían cada rincón con desesperación, sólo le acompañaba el sonido agitado de su respiración. Aquel ruido provenía del pasadizo detrás del librero.

—¿Quién está ahí? —preguntó Terzo con voz ronca.

Otro golpe hizo tiritar los libros.

—Responda—ordenó Terzo con voz férrea.

Entonces algo comenzó a golpear la pared desde el otro lado, los libros caían en tropel sobre el suelo, se escuchaban rasguños y el gemido de un canino.

Terzo, atónito, retrocedió. Todos libros de la biblioteca comenzaron a desplomarse sobre el solado. Las hojas del pesado ejemplar revoloteaban incesantemente. El muchacho era incapaz de moverse de lugar, parecía clavado al suelo, con las flamas de las velas estirándose a sus espaldas como las garras de una bestia.

Cuando las hojas amarillentas se detuvieron, Terzo vio un extraño símbolo dibujado con brusquedad en tinta carmesí, se trataba de una letra S con dos triángulos en línea diagonal sobre la misma.

La calma regresó a la biblioteca como un arrebato, pero era un pesado

silencio sepulcral el que lo rodeaba.

Recordó entonces las palabras de los ancianos. Y en ese momento pensó que quizás los lugareños sabían más de lo que pronunciaban sobre los Grasso. Había una posibilidad de que Alessandro, y toda su familia corriese peligro, pero ¿cómo escapar de una trampa en la que se ha caído por voluntad?

Capítulo 7

Liliana acomodó cinco pares de sus guantes preferidos sobre la mesita de centro. Era por la mañana y la brisa fresca agitaba con fragante delicadeza las cortinas de fina gasa en las ventanas abiertas. En aquella ocasión, la señora de Rinaldi se había planteado el proyecto de ayudar en la organización de la boda de su hijo, y por ello deseaba vestir lo mejor posible ya que estaría junto a la señora Loderana Grasso quien siempre vestía a la moda de la época con los vestidos con moños suntuosos y encajes finos.

Habían transcurrido ya cuatro días desde su primer encuentro con el señor Donovan Grasso y durante ese tiempo habían recibido las atenciones que sólo un rey sería digno de tener. No había duda que los señores Rinaldi estaban más que emocionados con aquel compromiso pese a la evidente inquietud de Terzo y Donatella, algo que Martino Rinaldi sólo interpretaba como celos infantiles por parte de sus hijos.

Sin embargo, en ese momento lo único que le preocupaba a Liliana Rinaldi era que guantes le combinarían más a su atuendo verde olivo con encajes color arena.

—Para la señora Grasso no debe ser tan importante que guantes has de usar. Además, eres hermosa con lo que sea que decidas vestir, querida—dijo Martino mientras se acomodaba la corbata, contemplándose así mismo en el espejo ovalado en la esquina de la habitación.

El velo pálido de la mañana se deslizaba sobre el cuerpo de Martino Rinaldi, y cuando se volvió hacia su esposa su silueta nebulosa figuró ser un espectro que la contemplaba con ternura.

—Tus cumplidos siempre tan oportunos. Pero mucho me temo que está vez es de suma importancia. No quiero que la señora Grasso me tome como una vulgar mujer caza fortuna, porque así es como nos debe de ver, como caza fortunas.

—Para nada, querida, los Grasso están satisfechos con nosotros, saben bien que mi familia es tan antigua como Venecia, y es lo que ellos quieren, una sangre longeva para sus descendientes. Si no fuese así el señor Grasso no me habría invitado a visitar sus viñedos, estoy seguro que desea hablar de negocios, y te juro por Dios que haré que nuestra compañía transporte los vinos Grasso.

—Estar con el señor Donovan Grasso es más sencillo, es un joven amable, afable, un muchacho angelical. Mira que no imaginé que detrás

de ese pesado nombre encontrase un ser tan inocente como él. Sus modales son poco afectados y goza de carisma, hace a uno sentirse tranquilo, como si impresionar físicamente no fuese importante. Pero su madre es diferente, y yo como madre de Alessandro no puedo ser menos que la señora Grasso.

—Un atuendo nunca dictará tu valor, mi cielo. —Martino se puso en cuclillas a la izquierda de su esposa.

—Trata de convencer a todas nuestras amistades de eso. No hacen más que verme con desprecio porque me creen ajena a su nivel. Ha sido así desde que nos casamos, y nada ha cambiado. Ahora tengo la oportunidad de impresionar a una elegante señora… no tienes que defenderme todo el tiempo.

—Todas esas señoras que te consideran menos son sólo esas que se sientan a tomar el té mientras desconocen como se crea su fortuna, se pasean de un lugar a otro hablando de todo sin saber nada. Una opinión creada en mentes como esas carece de valor. Para muchos es fácil decir como cargar ladrillos cuando sólo han cargado algodón.

Liliana bajó la mirada mientras se aferraba a un par de guantes negros de suave encaje. Pero Martino sólo acarició la mejilla de la mujer.

—A mí nunca me importó tu atuendo, o que tu perfume fuese el mismo que el de los pescados que cortabas. Siempre serás perfecta, mi Liliana, me has dado a los hijos más maravillosos y los puedes presumir tanto como a un par de guantes, aunque el valor de los niños es mucho más que el de cualquier fortuna… es más… no uses ningún guante—añadió Martino tomando el par que Liliana tenía en las manos—, siempre amé esto—musitó deslizando su dedo pulgar sobre la lluvia de pecas en el dorso de las delgadas manos de su esposa.

Y Liliana sólo se sonrió encogiéndose de hombros.

—Lisonjero—comentó ella dando un golpecito al hombro izquierdo de Martino.

—Entonces debo marcharme, ¿de acuerdo? No debo ser impuntual con el señor Grasso, te veré más tarde en el almuerzo con los niños. Sólo espero que Terzo no continúe apremiando al pequeño Alessandro con sus celos, sabemos lo persuasivo que puede llegar a ser y lo mucho que Sandro se deja influenciar por él. —Martino se incorporó, suspiró.

—Estará bien, si debo hablar con ellos, lo haré, pero es normal que Terzo se sienta cohibido por esto, siendo su hermano menor el primero en contraer matrimonio ha de traer una agobiante carga sobre él. Imaginará que pronto exigiremos lo mismo para su persona, y me preocupa que

siquiera considere el matrimonio, ¿recuerdas a la joven Sella Marino? Dicen que pasaba noches de insomnio pensando en mi Terzo pero él solamente envió un recado con el hermano de Sella cortando todo lazo con ella.

—No sé qué puede tener Terzo en la cabeza, piensa que su belleza durará toda la vida. Cuando conozca a la dama correcta ha de cambiar su empedernida cacería de amoríos.

—Y hasta que eso suceda hemos de lidiar con las quejas de tus amistades por el corazón roto de sus hijas, ¿a cuántos hemos excusado ya?, ¿diez?, ¿doce? —repuso Liliana arqueando ambas cejas.

—La docena completa. Terzo será faena para otra ocasión, por ahora debemos dejar establecido a Alessandro. Pensar que pronto pertenecerá a este lugar y nosotros hemos de regresar a Venecia—comentó Martino mirando en derredor.

—He de visitarle cada vez que me sea posible.

—Por supuesto, querida, así será, y cuando tus nietos lleguen me será imposible sacarte de esta villa.

—Anhelo la llegada de esos ángeles, serían mi mayor regocijo. Espero que todos nuestros hijos nos permitan ver sus descendencias, y sobre todo mi Francesco.

—Francesco ha de heredar nuestra fortuna, él no abandonará Venecia, además estoy planeando ya su matrimonio con la joven Crista D'agostino, una buena muchacha, hermosa y parte de un legado de arquitectos.

—¿Qué pasará con Donatella?

—Me es imposible decidir en el corazón de una dama. Ella ha de elegir a su esposo, y lo permitiré siempre y cuando sea de buena familia, mantendrá su honor ante todo.

—Deseo ver ese momento, las reuniones familiares serán maravillosas.

—Eso espero. Ahora me marcho—finalizó Martino y besó la frente de Liliana.

No hubo más comentarios, ella sólo contempló la figura de su esposo abandonando la habitación. Meditó un par de segundos y se puso de pie con decisión férrea a ignorar sus guantes y se apresuró a la salida, pero algo en su interior le recriminó por ello, entonces regresó hasta la mesita de centro y cogió los únicos guantes negros. Satisfecha se cubrió las

manos, sólo entonces salió de la alcoba, decidida a toparse con la señora Loderana Grasso.

Destinó suficientes minutos a la búsqueda de la señora Grasso, hasta que finalmente la divisó en el patio trasero. La señora Loderana mantenía conversación con uno de sus empleados, señalaba la parte superior del techo mientras las mucamas atendían las ordenes de su ama.

Por lo que Liliana Rinaldi se sonrió triunfante, arregló sus cabellos y los puños de sus guantes. Con una postura impecable se apresuró a salir hacia los jardines traseros. El cielo estaba modestamente nublado, las nubes se esparcían de vez en vez para dejar desnudo al sol, la brisa revoloteó los listones en el vestido de la señora Rinaldi, mientras que ella, orgullosa, se acercaba a Loderana.

Y como si hubiese olfateado a la señora Rinaldi, Loderana Grasso se volvió hacia la mujer rubia de figura pequeña. La miró de pies a cabeza con las manos entrelazadas y ese velo de superioridad que tanto incomodaba a Liliana.

—Señora Rinaldi, ¿a qué debo tan espléndida sorpresa? —preguntó Loderana adelantándose a ella.

Liliana se detuvo en medio de los jardines perfectamente podados, los arbustos se estremecían con la brisa revuelta.

—Estaba dando un recorrido por la villa y le he visto en el exterior. En vísperas de la boda, imagino que ha de estar usted atareada con la organización del evento.

—Para nada, será algo sencillo. Algunas amistades de mi difunto padre, excompañeros de mi Donovan y nosotros por supuesto. Vittoria no desea una exuberante celebración, es una joven modesta, a decir verdad.

—En mi familia solíamos decir que la celebración sería sencilla y terminábamos organizado toda una mascarada. Por favor, permítame colaborar, he proyectado siempre como sería la boda perfecta para mi Alessandro.

—Pero es usted mi invitada, sería descortés obligarla a tener este bochornoso pendiente. ¿Por qué no toma el té con Vittoria y Donatella? Vittoria desea pasar más tiempo con su suegra, ella misma me lo ha pedido—dijo Loderana con un aire hostil extendiendo la mano hacia el edificio.

—Donatella no comentó nada al respecto, lo ha de haber olvidado, o eso me temo. Empero, la tarde la puedo reservar por entero a su hija, si es su petición, sea. Por ahora tengo tiempo libre para colaborar un poco

por aquí, estoy acostumbrada a los imprevistos, usted sólo asigne una tarea y he de cumplirla.

Loderana exhaló por la nariz con cierto desdén, luego se reflejó en sus labios maquillados esa sonrisa tosca y mal intencionada.

—No puedo ignorar sus buenas intenciones, señora Rinaldi, entonces ¿qué le parece elegir la tela con la cual han de confeccionar los manteles? Es algo difícil pues dará mucho de qué hablar entre nuestros invitados.

—¿Será algún tipo de raso?

—¿Es esto una venta del mercado? —Loderana se sonrió.

—¿Hay muestras? —preguntó Liliana, disimulando su desagrado por la mofa de la señora Grasso.

—Las muestras de tela—ordenó Loderana y una mucama se apresuró a ella con una bandeja negra—son estas—añadió cuando la sirvienta se detuvo ante ellas.

Liliana inspeccionó las telas, adelantó la mano hacia los rectángulos de fibra blanca.

—Querida, ¿te gustan las antigüedades? —comentó Loderana en broma— esos guantes, ¿de qué época son? Juraría que Maria Antonieta los descubrió cuando niña.

Pero Liliana sólo apretó los labios, sin responder a los burdos comentarios de Loderana se limitó a despojarse del guante derecho para sentir mejor la textura de la tela.

—La organza sería magnifica para esta ocasión, querida Loderana. La seda es ya repetitiva, y al ser esto algo sencillo deberá verse tan natural como nuestros hijos.

—Sí así lo desea os dejaré solas para que analicen esto, Ginette ayuda a la señora Rinaldi, esto podría ser difícil para usted, Liliana.

—Para nada.

—Me alegra que pese a sus raíces usted tenga algo de buen gusto, que novedad, no me malinterprete, no le dejaría esta tarea a nadie que no fuese capaz de elegir la mantelería correcta, soy muy estricta en esto.

—¿Mis raíces?, ¿a qué se refiere?

—No es nada relevante, ¿o sí? —Loderana arqueó una ceja.

—No—dijo Liliana en seco, levantando un poco la barbilla.

Dicho esto, Loderana Grasso se limitó a girar sobre sus talones y alejarse en dirección al mayordomo, Giacomo, éste le esperaba paciente entre las mesas circulares que el resto de siervos se dedicaban a inspeccionar.

Y Liliana ofreció una suave sonrisa a la mujer de rostro pétreo que solamente asintió en respuesta.

Después de aquella conversación, Loderana Grasso comenzó a evitar de todas las formas posibles a la señora Rinaldi. Liliana no demoró en percatarse de la distancia que evidentemente tomó la señora de la casa. Cada vez que intentaba colarse en su faena, Loderana le otorgaba una nueva tarea. Todo aquello que reservaba para Liliana eran proyectos infantiles e incluso inservibles, desde cortar algunos listones, hasta limpiar los jarrones que usarían para adornar.

Cuando Liliana terminó su última labor, sentada bajo el tejado y con los restos de naturaleza muerta sobre la falda, buscaba con la mirada a Loderana.

Desesperada, incluso aburrida por el trato de la señora Grasso, Liliana decidió darse por vencida y abandonar aquel lugar. Se sacudió las faldas con esmero, apretando los dientes con recelo. Entró entonces a la villa, mientras se quejaba entre dientes.

Más cuando estuvo a punto de entrar al siguiente pasillo, vio a la señora Loderna hablando con un desconocido, un hombre demasiado alto y corpulento con cabellos castaños que la miraba por lo bajo, daba la impresión de que la señora Grasso lo exhortaba con frialdad puesto que los labios de aquel hombretón se deformaron en una mueca de desagrado.

Liliana, por instinto se escondió detrás las plantas en jarrones negros, espió entre las hojas verdes en completo silencio.

—Claramente te he dicho que no te quiero por los pasillos, ¿qué pasará si alguien te ve?, desatarás cuestionamientos que me reservo aclarar—espetó Loderana tirando del cuello de la camisa del hombretón, lo obligó a inclinarse hacia ella.

—Nadie me ha visto, y si así fuese yo mismo me encargaría de silenciarlo—respondió el hombre, tenía una voz rasposa.

—Mis hijos no saben de ti, Thomas, y así debe permanecer. ¿Quieres que te obligue a ocultarte?, ¿eso quieres? —gargajeó Loderana por lo bajo, pero con claridad.

No hubo respuesta, Thomas sólo evadió su mirada.

—Puedo terminar contigo si osas desobedecerme, ¿eso quieres? —Loderana frunció el entrecejo.

—Tú ambición es más grande, serpiente maldita.

—Bastardo—gruñó Loderana empujando al hombre.

Pero Thomas retrocedió con tranquilidad, la fuerza de Loderana no consiguió moverle como ella hubiese esperado.

—No olvides que lugar ocupas, mujer, y yo no olvidaré nuestro trato. Esta es mi villa, y hace mucho que no cumplen con la ofrenda.

—Eso se resolverá pronto, no será de sangre pura, pero una mezcla exquisita se verá—ofreció Loderana con la mirada clavada en los ventanales.

—Las monedas comienzan a agotarse, ya sabes que hacer—finalizó el hombre.

Liliana entornó los ojos, y en ese momento Thomas franqueó el rincón donde ella se ocultaba. La mujer sintió palidecer cuando la mirada dorada de aquel hombre se posó sobre ella, temía que la delatara, temía que Loderana volviese el rostro hacia su dirección, pero aquel desconocido sólo se llevó el dedo índice a los labios con disimulo sin apartar su lúgubre mirada de ella.

Y Liliana se cubrió la boca con la mano derecha. No esperó a ser descubierta, de inmediato retrocedió, avanzó con rapidez hasta que sus pasos se volvieron estrepitosos.

Finalmente se detuvo en el umbral de una de las dos entradas al salón de la villa, apoyó la espalda contra la pared tratando de asimilar las palabras que había escuchado. No comprendía y eso le aterraba. No sabía si mencionarlo a su familia o simular que nada había pasado. Cerró los ojos inhalando profundamente.

—Señora Rinaldi—dijo Loderana a su derecha, a poco más de dos metros.

Liliana volvió el rostro hacia la mujer que le inspeccionaba desde lejos

Capítulo 8

Donovan aspiró con tranquilidad el perfume de la uva recién cortada, y acto seguido la ofreció a Martino para que éste degustara el aroma.

El señor Rinaldi accedió con curiosidad, se sonrió casi para sus adentros y olfateó el aroma dulce de la fruta.

—Una maravilla, señor Grasso, una verdadera maravilla—respondió Martino, regocijado.

—Desde luego, mi señor. Verá este negocio no es de mi familia. No es parte de los Grasso, es una parte que mi querida esposa poseía y que pasará manos del menor de la familia. Orazio es el único que será acreedor del viñedo, todo ha sido financiado por la familia Krupinov. Y es por ello que deseo hablar con usted, únicamente por negocios.

—Por supuesto, ¿qué puntos quiere tratar?

—Necesito asegurar el transporte de esta compañía, sé que su familia se enriquece con esto, si no soy descortés, ¿quién ha de continuar con sus negocios?, ¿Alessandro o Terzo?, ¿quizás Donatella? —preguntó Donovan instándolo a caminar entre el estrecho sendero de tierra húmeda.

—Me temo que será Francesco quien continúe con esto, el resto de mis aves han de tomar vuelo.

—¿El joven Francesco es más reservado? —Donovan lo miró.

—Siendo sincero, temo que el mundo lo sacrifique si sale de casa. Vamos, que por desgracia su apariencia es una etiqueta que las personas se empeñan en humillar, pero no será así si él mismo posee una fortuna más grande. En este mundo muchas veces quien habla es nuestro dinero.

—En efecto. La hipocresía es lo políticamente correcto últimamente. Independientemente de quien conserve sus negocios, quiero asegurarme que no han de ignorar nuestro trato. Toda la mercancía que pertenecerá a Orazio Grasso será distribuida por su compañía. Ese es mi oferta, hasta que el niño cumpla la mayoría de edad y decida si continuar con vosotros.

—No debe preocuparse, los Rinaldi somos una familia orgullosa y de palabra. Cumplimos con nuestros negocios como si los hiciéramos con Dios en persona, y viniendo de un nuevo amigo de la familia como usted, créame que tendremos más exclusividad, sobre todo para beneficio de su

pequeño hermano.

Donovan asintió mientras su bastón se hundía en la tierra revuelta, los zapatos comenzaban a pesar por el barro que se pegaba, él sólo mantenía la mirada en las uvas, ensimismado.

Entonces se detuvo como si hubiese recibido una orden. Martino también se detuvo y le esperó, no le apremió.

—Hay otra cosa que me gustaría pediros, señor Rinaldi—comentó Donovan mirando al hombre.

—Ordene.

—Dentro de un par de meses Orazio deberá marcharse, como es tradición en mi familia deberá ser educado en una escuela privada. Necesito que alguien de confianza lo lleve hasta San Petersburgo dentro de dos meses.

—¿Rusia? —preguntó Martino con asombro.

—Así es. ¿Puedo confiar en que su gente lo lleve sano y salvo hasta Rusia?

—Claro, claro, señor Grasso, puede estar usted seguro. Sólo necesitaré enviar correspondencia a mi empleado de confianza y lo tendrá aquí para la fecha que ordene.

Donovan esbozó una sonrisa, tomó con ambas manos el rostro rubicundo de Martino y besó ambas mejillas del señor.

—Gracias. Me ha quitado un terrible peso de los hombros—dijo Donovan, retrocedió—, en cuanto al negocio, más tarde le espero en mi oficina para firmar los documentos necesarios.

—Es todo un honor para mi familia, mi señor.

—Por supuesto. Ahora acompáñeme, le mostraré la cosecha en su mejor punto—invitó Donovan tomando a Martino por el hombro.

Cuando Martino Rinaldi regresó a su alcoba, la sonrisa que se presentaba en sus labios era incapaz de mostrar la alegría que golpeaba en su interior. Era ya por la tarde, el cielo detrás de la ventana se tornaba rosado, con pincelas anaranjadas en el horizonte. Las horas habían transcurrido con rapidez a lado del señor Grasso, entre conversaciones divagantes que no hicieron más que dar el primer paso a lo que Martino

llamó amistad.

Pero al entrar a su habitación, encontró a su esposa ensimismada, de pie frente a la ventana y con las manos juntas como si hiciese una plegaría.

—Ha sido un éxito, el señor Grasso desea firmar un trato que beneficiará a Francesco, ese muchacho ahora tiene la vida resuelta, madre mía—decía Martino caminando hacia su esposa.

Sin embargo, la mujer siquiera le miró, tenía la mirada cristalizada clavada en los jardines.

—¿Querida? —preguntó Martino por lo bajo, tomó las manos de la señora, obligándola a mirarlo.

Liliana lo contempló, se humedeció los labios.

—¿Qué ocurre? —el semblante de Martino se tornó por completo preocupado.

—Martino… Alessandro… debes anular el matrimonio—respondió Liliana con voz cortada.

—Vaya—susurró el hombre abriendo los ojos como platos.

—Por favor, Alessandro no estará seguro aquí.

—Querida, sé que extrañas Venecia, pero no hay porque caer en la paranoia. —Martino se sonrió.

—Aquí hay algo maligno, Martino. Esa mujer, la señora Grasso trama algo… ella le hará daño a mi niño, por favor, Martino, anula el compromiso, aún podemos olvidar esto y volver a Venecia.

—No—gruñó Martino y se dirigió hacia el diván.

—Por favor, sé razonable. No te diría esto sino presintiera algo terrible… quizás los paduanos tenían razón, hay algo horrible en esta villa, lo siento como una agonía. Incluso Terzo y Donatella han comentado algo, no puedes ser tan ciego, Martino.

—No puedo. El señor Grasso ahora me considera alguien de confianza, quiere que lleve a su hermano menor a Rusia, ¿lo imaginas?, ¡a Rusia!

—¿Y por qué? —Liliana se puso en jarras.

—Alguna tradición familiar. Al parecer los hombres Grasso son educados fuera de casa, en un internado privilegiado, algo así. Pero ¿no ves lo más importante?, somos amigos, ¡amigos!, es una maravilla.

—¿Y si quiere proteger al niño de la maldición? —Liliana se llevó una mano al pecho, dio un paso adelante.

—Maldición. Mujer, escucha tus palabras. No existe nada como las maldiciones, son creencias absurdas de los campesinos. He estado el mismo tiempo en esta villa y nunca he visto nada fuera de lo común. Todo estará bien. Deberían estar felices por Alessandro, y ese muchacho debería ser más agradecido.

—Martino… si algo le sucede a tu familia… será por entero tu responsabilidad. Sólo espero que tu necedad no nos cobre más de lo que deseamos.

—Tonterías, tonterías, la boda se efectuará, y dos días después regresaremos a Venecia, ¿eso te parece? —Martino se inclinó hacia ella.

—Quiero que Alessandro regrese con nosotros.

—Imposible.

—La joven Vittoria puede venir si es necesario.

—Querida—Martino le tomó las manos, instándola a sentarse a su derecha—, Alessandro no puede estar en tu regazo para siempre, ya es un hombre, debe tener su propia familia.

—Sí, pero no los Grasso…

—Bien, ¡ilústrame, ¿por qué no los Grasso?

Liliana hizo una mueca con los labios.

—Creo que Loderana Grasso es una bruja, habló de un sacrificio con un hombre extraño, abominable. Temo que ese sacrificio incluya a Alessandro. Oh, Martino, moriría si algo le pasara a mi niño.

Pero Martino sólo lanzó una carcajada y negó con la cabeza.

—Tales cosas no existen, querida. No temas, seguramente mal interpretaste sus palabras. Todo estará bien. Por Dios, ¡una bruja!

Martino continuaba riéndose por lo bajo, pero el rostro de Liliana sólo

reflejaba su temor e indignación por las respuestas de su esposo.

Capítulo 9

—Es una pena que vuestra madre se encontrase indispuesta, tenía una gran ilusión de tomar el té con ella, pero dime, ¿qué ha pasado?, ¿se encuentra bien? —preguntó Vittoria sosteniendo una galleta glaseada en la mano derecha mientras miraba a Donatella.

—Está bien. Dice que talvez sea un resfriado, aunque a ella le fascina usar esa palabra para cualquier malestar que le atormente.

—Que ingeniosa. Aun así, le visitaré más tarde si se encuentra azorada por su malestar. — Vittoria se encogió de hombros.

—Es la primera vez que veo a alguien preocuparse tanto por su suegra.

—Gracias a ella me casaré con un maravilloso joven. Merece toda mi atención.

—De cierto es que Alessandro es maravilloso, aunque algo tímido también, que no te extrañe su distancia en un principio, es así inclusive con nosotros.

—Entonces no somos demasiado diferentes. Con frecuencia me aislo de mi familia, y esta es la primera vez que lo digo a alguien más, pero mi madre llega a ser tan abrumadora… algo siniestra— dijo Vittoria por lo bajo como si temiera que alguien más la escuchara.

—¿Siniestra? —Donatella se inclinó hacia la quinceañera.

Sin embargo, antes de que la muchacha respondiese, en el momento que sus rosados labios se abrieron ligeramente alguien dio un par de golpes en la puerta.

La mirada de Vittoria se conturbó de inmediato y su rostro demostró

un temor agobiante.

—Es ella—murmuró Vittoria mirando la puerta preocupada.

Donatellla entornó los ojos ante la extraña reacción de Vittoria quien no apartaba los ojos de la entrada, no pestañeaba, no se movía, parecía estar petrificada ante ella.

—Señorita Rinaldi, soy Loderana, hay algo que debo mostrarle—dijo la señora del otro lado de la puerta.

Donatella pestañeó rápido, se sorprendió por el acierto de Vittoria, algo peculiar.

—¿Señorita Rinaldi?

—Es un momento, espere, señora Grasso—respondió Donatella levantándose del asiento.

Antes de que se alejara, Vittoria tomó la muñeca izquierda de Donatella.

—Espere—musitó Vittoria, nerviosa—… no aceptes ningún obsequio. No lo aceptes.

—¿Disculpe? —Donatella frunció las cejas, confundida.

—No lo aceptes—insistió Vittoria con voz temblona.

—Señorita Rinaldi—repitió Loderana con voz cantarina.

—Ahora voy—respondió con amabilidad—, está bien—agregó en voz baja.

Entonces Donatella se apresuró hasta la puerta mientras se acomodaba el vestido y los cabellos. Exhaló, preparó una sonrisa de cortesía ya abrió.

Ante ella estaba la señora de la casa, acompañada por una mucama que mantenía la mirada clavada en el suelo.

—Señorita Rinaldi—saludó Loderana con su particular sonrisa.

—Señora Grasso—dijo Donatella reverenciando.

De inmediato se percató del vestido purpura que la mucama llevaba en brazos, aunque no se podían apreciar los detalles, la tela evidenciaba su

exuberante valor y antigüedad.

—¿Cómo sigue su madre? —preguntó Loderana colándose a la habitación.

En cuanto la mujer entró al lugar, Vittoria se levantó de inmediato, entrelazó las manos y reverenció a su madre evitando su mirada.

—Querida, no sabía que estabas aquí, figuré que cancelarían el té para cuando la señora Rinaldi se encontrara dispuesta.

—No deseaba dejar plantada a Dona… a la señorita Rinaldi—respondió Vittoria, dubitativa.

—Por supuesto que no. Pero me temo que la reunión debe terminar ahora. Está anocheciendo y debo hablar a solas con la señorita Rinaldi—repuso Loderana con cierto aire hostil.

—Sí, madre.

Entonces Vittoria se apresuró a la salida, pero su madre la detuvo tomándola del hombro.

—Querida, me tranquiliza ver que tienes una amiga ahora, ustedes las jovencitas han de confiarse tantos secretos, es la mejor etapa de una mujer, que maravilloso—comentó Loderana acariciando la mejilla pecosa de su hija.

No hubo más respuesta que un asentimiento de cabeza. Inmediatamente, Vittoria miró a Donatella.

—Señorita Rinaldi—se despidió la jovencita reverenciando.

—Señorita Grasso—respondió ella.

Dicho esto, Vittoria salió de la habitación, escrutó esporádicamente el vestido que cargaba la moza y dedicó una mirada nerviosa para Donatella, como si deseara advertirle un peligro inminente.

—Ginette, pasa—ordenó Loderana inclinándose para ver a la sirvienta.

Donatella retrocedió para que la mujer entrase, esperó paciente.

—Cierra la puerta, Ginette—dijo Loderana caminando al centro de la habitación.

La señora Grasso inspeccionó el lugar donde las muchachas habían tomado el té, y con disimulo se volvió hacia Donatella, mientras la joven

Rinaldi se acercaba acompañada de la sirvienta.

Ginette procedió a entregar el vestido a Loderana.

—Retírate—ordenó la señora Grasso en seco.

Y la mucama reverenció evitando la mirada desdeñosa de su señora, salió en completo silencio. Cuando la puerta fue cerrada de nuevo, Loderana recuperó su sonrisa artificial.

—Lamento la situación de tu madre, querida. Estaba haciendo un maravilloso trabajo, quizás fue mi responsabilidad por permitirle ayudar en la organización de la boda, pero ella insistió tanto, espero se recupere antes del evento.

—Ella mejorará, es fuerte.

—Así lo creo. Pero dejemos las enfermedades para otra ocasión. Mira lo que he traído.

Donatella vaciló unos segundos.

—Vamos, niña, toca la tela, es preciosa—instó Loderana adelantando el vestido hacia la muchacha.

Por lo que Donatella se acercó un par de pasos, se humedeció los labios y acercó la mano hacia el vestido. Se trataba de terciopelo de la mejor calidad, exquisito al tacto. Donatella se sonrió contemplando la prenda, deslizando sus dedos por la falda.

—Maravilloso, ¿no crees? —preguntó Loderana con voz queda.

Donatella la miró, asintió con timidez infantil.

—¿Por qué no te lo pruebas? —Ofreció Loderana, su sonrisa parecía más grande de lo normal, como si fuese presa de una gran excitación.

—No podría, yo…

—Insisto. Pruébatelo, querida, apuesto a que es de tu talla.

Donatella apretó los labios.

—No quieres ser descortés con la anfitriona, ¿o sí?

Entonces la muchacha cogió el vestido y se dirigió al biombo de madera tapizada de rojo y bordes dorados. Extendió la prenda ante ella, el corpiño era de corte imperio cuyos bordados eran una variación del mismo

tono, en definitiva, no era de esa época, parecía más una reliquia.

—No demores, querida—comentó Loderana inspeccionando las pertenencias de Donatella.

Mientras la muchacha se dedicaba a cambiarse el atuendo, la señora Grasso se tomó la libertad de indagar en el tocador donde Donatella había acomodado sus perfumes, maquillajes y demás accesorios.

Así transcurrieron suficientes minutos hasta que Donatella se atrevió a salir. Llevaba los listones colgando en la espalda pues le había sido imposible atarlos ella misma. Las mangas le parecían bastante abombadas, puesto que se trataba de un diseño renacentista.

Al momento que Donatella se acercaba a la señora, Loderana se apresuró hacia el espejo e instó a la muchacha a acercarse a ella.

Y la joven obedeció con sumisión, se detuvo ante el espejo alargado cerca de la ventana, detrás de ella estaba Loderana, quien en completo silencio comenzó a ajustar el vestido. Donatella admiraba los detalles en las mangas, y por entero el vestido.

—Es un verdadero tesoro, querida, un tesoro familiar. La primera Grasso lo usó en su celebración de mayoría de edad. Antes las mujeres Grasso sólo podían contraer matrimonio después de los dieciocho años. Es la única tradición que hemos evitado. Yo, por ejemplo, me casé a la misma edad que Vittoria, y con un hombre tan atractivo como vuestro hermano. ¿Qué edad tiene usted?

—Veinte años, señora.

—¿Veinte? Maravilloso, casi la misma edad que mi Donovan. Ah, mi Donovan, mi desdichado niño. Su esposa usó este mismo vestido en una ocasión. Anastacia se enamoró de la prenda, nunca quería despojarse de él. Por desgracia han pasado muchos años desde que una joven hermosa lo usase.

—¿Qué pasó con Anastacia?, ¿era esposa del señor Donovan?

—Lo fue. Ella falleció. Un animal la hirió durante un paseo, luego la fiebre nos anunció su partida. Una horrible desdicha.

—Horrible—repitió Donatella, incómoda.

—Debo decir que me recuerdas un poco a ella—Loderana hizo una pausa y apoyó ambas manos sobre los hombros de la joven—, cuando se es madre, una mujer desarrolla intuiciones especiales para saber si alguien es digno de sus hijos. Me complace decir que Alessandro es

completamente perfecto para Vittoria… pero no hay nada me haga más feliz que ver a mi Donovan amar a alguien de nuevo. Tú, niña, eres un verdadero ángel. Representas la pureza que tanto ha esperado mi querido hijo.

—¿Disculpe? —Donatella pestañeó, perpleja.

—Me sentiría honrada que una joven tan hermosa como tú se comprometiera con mi Donovan. Es un hombre maravilloso, cuando ama a alguien es capaz de hacer cosas inimaginables, y además es muy rico, querida. No te faltara amor y lujos.

Entonces Donatella se volvió hacia ella, retrocedió unos pasos hasta que sintió que el espejo se interpuso.

—Señora Grasso, es todo un halago, pero… ¿casarme?, ¿y con su hijo? —balbuceó Donatella con la mirada en el suelo, confundida.

—¿Acaso no te agrada?

—Yo… no lo sé. Quizás sea un hombre por entero agradable, pero siquiera he cruzado más de un par de palabras con él desde que llegamos a su villa. No creo que él esté interesado, y discúlpeme si no deseo ser humillada con un rechazo de un hombre tan notable como él. —Donatella se sonrió.

—Tendrán tiempo de conocerse después de su boda. Debo confesar que, aunque parezca reservado, realmente necesita a alguien que lo ayude a recuperarse de su horrible perdida, y ¿Quién mejor que una joven tan dulce como tú?

—Agradezco sus palabras… pero

—Hablaremos con tus padres, no debes preocuparte por eso.

—No—dijo Donatella con voz apremiante.

Loderana abrió los ojos como platos, sorprendida, y arqueando ambas cejas, confusa.

—Mis padres… ellos no desean que me comprometa aún. Y no deseo robar la atención de Alessandro y Vittoria, ellos merecen una gran celebración.

—Querida—Loderana se sonrió—, podemos costear las celebraciones que deseemos hacer. Y nadie se robaría la atención de otros, cada quien

tendría una boda digna de un rey.

—Pero, ¿el señor Grasso no se enfadará por hablar en su nombre sobre algo tan delicado como el matrimonio?

—Mi hijo está demasiado ocupado con los negocios familiares. Recibir la noticia de que ahora tiene una nueva prometida no hará sino aumentar su tranquilidad, sobre todo cuando mencione tu nombre. Él te adorará, lo puedo asegurar. Además, si usas ese mismo vestido en la boda de tu hermano, puedo jurar que no se resistirá a tus encantos.

—Señora Grasso.

—Donovan ha sufrido demasiado, ha tratado de llenar ese oscuro vacío con vicios y costosos pasatiempos. He rogado a Dios que enviase un ángel a su vida… y creo que ha respondido a mis plegarias—argumentó Loderana tomando las manos de la muchacha.

Donatella apretó los labios, bajó la mirada.

—Primero necesito saber si el señor Donovan realmente desea una esposa o si un matrimonio sólo sería una nueva desgracia para él. A veces los hombres suelen acostumbrarse a la soledad y les perturba la idea de compartir sus pasiones con alguien más.

—No hace falta. Pero si es tu petición, la haré cumplir. Ya verás, Donovan te hará la mujer más feliz de este mundo, y espero y tú lo hagas igual de dichoso—agregó la señora Grasso, acarició la mejilla de Donatella.

Pero la muchacha sólo se sonrió con cortesía

—Bien, debo marcharme, Donovan no va a su alcoba hasta media noche, así que podré hablar con él respecto a ustedes. Buena noche, mi niña—se despidió Loderana.

—Buena noche, señora. —Donatella la reverenció, dubitativa.

Entonces la señora Grasso se limitó a salir de la habitación en completo silencio y con la mirada plagada de orgullo. Cuando la puerta se cerró, Donatella se sobresaltó, desvió la mirada hacia el balcón donde el cielo poco a poco se oscurecía en su altura, la luna parecía un ojo plateado que la escrutaba. La muchacha se acercó hasta la cama, se sentó para después dejarse caer sobre las espesas sábanas.

Escuchaba el canto de los grillos y la ligera brisa silbado en la lejanía, una sinfonía que le erizó la piel. Fue en ese momento cuando levantó la mano derecha sobre su rostro, contempló sus dedos imaginando que una

sortija pronto ocuparía su lugar en ella.

Sin embargo, algo dentro de ella le impedía fantasear con el señor Donovan Grasso. Admitía que era un hombre atractivo y misterioso, pero no robaba su atención como la señora Grasso esperase.

Por el contrario, había un hombre que, si robaba sus pensamientos, un enigmático ser que la había cautivado desde el primer momento en que sus ojos dorados la contemplaron.

Mientras figuraba el rostro de Donovan en su mente, la imagen de Thomas la sorprendió alejando cualquier rastro del señor Grasso. Donatella cerró los ojos imaginando así aquel rostro desvaído.

Pero de inmediato pestañeó y se incorporó sobre sus codos, sacudió la cabeza.

Aquella noche señaló a sus padres que no deseaba presentarse en la cena, y tal parecía que todos estaban sumergidos en sus propias meditaciones, ya que nadie refutó su decisión, por ello la joven Rinaldi pronto se vio arropada en su cama, con el camisón blanco siendo su única prenda y con los cabellos sueltos cayendo sobre su pecho.

Y cuando las lámparas fueron apagadas por sus mucamas, cuando la puerta se cerró para confinarla al sueño, la muchacha no lograba caer en los brazos de Morfeo. Su mente divagaba de nuevo en aquel hombre que había desaparecido, aquel misterioso sujeto y su voz rasposa. Los recuerdos la estremecían mientras sus manos se deslizaban por debajo de sus sábanas. Separó ligeramente sus piernas.

Aun sentía la respiración cálida de Thomas sobre su piel, y su mente de inmediato creó un escenario íntimo, soñaba que aquel hombre la tomaba entre sus brazos y recorría su piel con suavidad. Ella mantenía las manos en su entrepierna, más en ese momento un ruido la sobresaltó. Temía que alguien estuviese en la alcoba. Donatella se revolvió en su sitio, con la respiración agitada.

Escuchó con atención, definitivamente eran pasos. Ella se apresuró y cogió la lámpara de diésel sobre su mesita de noche, la encendió y bajó de la cama, caminaba con la punta de sus pies mientras sostenía la lámpara a la altura de su rostro, se detuvo en medio de la habitación, pero estaba completamente vacía.

Cuando se volvió hacia la cama, la silueta de Thomas la asaltó. Ahí estaba de nuevo. Su sorpresa la hizo soltar la lámpara que al romperse provocó que el fuego discurriera entre ellos.

Pero fue Thomas quien se despojó del chaleco negro para apagar las lenguas rojas que se propagaban con rapidez.

De nuevo quedaron sumergidos en la oscuridad. Donatella se petrificó al contemplar de nuevo aquellas gemas, se ruborizó al recordar sus fantasías con aquel hombre, pese a que él siquiera sabía de ellas.

—Yo… ¿qué quieres? —preguntó Donatella corrigiendo su postura.

—Advertirte—dijo Thomas en seco.

—¿Sobre qué? —Donatella entornó los ojos. Se puso en cuclillas ante él.

Thomas aún descansaba sobre una rodilla, buscaba los cristales dispersos.

—Los paduanos saben más de lo que deberían. Y no mienten cuando dicen que los Grasso son presos de una maldición. La señora Grasso quiere arrastras con ella a todo cuanto le sea posible. La ambición es la perdición del ser humano. No confíen en Loderana Grasso y en su bondad. Ella desea usarte para su beneficio, al igual que a tu hermano.

—¿De qué hablas?

—Es parte de la maldición, la inocencia la mantendrá en la gloria. Es algo que siquiera yo puedo controlar. No confíes en ella y de ser posible marchaos inmediatamente. —Thomas se puso de pie.

Donatella se mantuvo sentada en el suelo y tiró del pantalón del hombre.

—Espera—musitó ella.

Thomas vaciló, pero finalmente se volvió hacia ella, se puso en cuclillas y la miró con atención.

—¿Quién eres realmente? —dijo ella en voz baja, mirándolo fijamente.

—Alguien que debes evitar—respondió Thomas, serio.

Entonces Donatella deslizó su mano por la mejilla rasposa de Thomas, no apartaba sus ojos de las gemas doradas.

—No—amenazó Thomas sosteniendo la muñeca de la muchacha.

—Espera—dijo ella, muy bajito, insegura.

Donatella se apoyó en sus rodillas para estar a la altura de Thomas, acercó lentamente su rostro hasta que las puntas de sus narices se rosaron.

Thomas cerró los ojos.

Pero cuando Donatella acercó sus labios a los suyos, el hombre huyó emitiendo un gruñido. Con agilidad salió por el balcón.

La brisa se coló a la habitación agitando los cabellos de la muchacha, quien aún conturbada mantenía la mirada en la luna.

—Thomas—pronunció Donatella con suavidad.

Capítulo 10

Cuando el sastre colocó el ramillete blanco en el bolsillo, Alessandro suspiró como si el alma se fuese en ello. Se contempló en los tres espejos alargados que lo acorralaban. Estaba absolutamente nervioso, no sabía que sucedería después de ese día. No quería que su familia regresase a Venecia sin él, pero habían sido muy claros, después de aquella noche Alessandro sería un Grasso y la villa Paradiso se convertiría en su nuevo hogar. Sin embargo, había algo más que le apremiaba.

—Está listo, señor Rinaldi—musitó el sastre con antejos pequeños de los que colgaban cintillas con cuentas.

—Gracias—respondió Alessandro con su particular amabilidad.

Entonces en ese momento la puerta de su habitación se abrió y vio entrar a Terzo y Francesco. Aquel era el día de su boda, y sus hermanos estaban ya ataviados en elegantes atuendos, ambos con ramilletes purpuras en los bolsillos de sus chaquetas, además de llevar los cabellos perfectamente peinados. Los hermanos Rinaldi se sonrieron al ver al muchacho sobre la plataforma circular.

Y Alessandro sólo se volvió hacia ellos, abrió los brazos y sonrió.

—¿Qué tal? —preguntó Alessandro, un poco incómodo.

—Ahora si pareces un caballero, aunque nunca había visto a un novio con traje purpura, lo favorable es su oscuridad, será difícil diferenciarlo del negro durante la ceremonia—comentó Terzo al tomar asiento en el diván frente a su hermano.

Alessandro resopló y bajó los brazos.

—Bromeo, Sandro. Ese atuendo te favorece. Lo juro… es impresionante—agregó Terzo con cariño.

—Es todo, señor Rinaldi—dijo el sastre cuando dio el último detalle al traje.

—Gracias, Ignazio. —Alessandro asintió.

—Señores—se despidió el sastre y cogió sus cosas.

Los muchachos esperaron a que el anciano abandonara la habitación. Y cuando los tres quedaron a solas, Terzo se puso de pie y subió a la plataforma. El joven Rinaldi inspeccionó a su hermano, ladeó un poco la cabeza y se cruzó de brazos.

—¿Qué es lo que te incomoda tanto, Sandro? —Terzo arqueó una ceja.

Alessandro apretó los labios, bajó la mirada.

—Y no menciones el traje. Sé que no es eso—agregó Terzo tomándolo del hombro.

—Yo…—murmuró Alessandro, pero miró a Francesco—, no puedo decirlo ante él… es vergonzoso.

—¿Ante mí? —preguntó Francesco señalándose así mismo.

—¿Por qué no? —Terzo se sonrió.

—Francesco es joven para entenderlo. Incluso yo no sé… nada.

—Vamos, Sandro. No puedes aislar a Francesco, además está cerca de ser un hombre, ¿qué más da lo que escuche? Prefiero que conozca cosas por medio de nosotros que por parte de desconocidos.

Alessandro se rascó la sien, exhaló y se puso en jarras.

—Tengo miedo de esta noche—dijo, cohibido.

—¿Miedo? —Terzo entornó los ojos.

—Yo… maldición, Terzo, será mi noche de bodas, ¿qué se supone que deba hacer? La señorita Vittoria… ella… siquiera nos conocemos bien ¿y si soy repugnante para ella? Todos esperan que consuma el matrimonio… no sé cómo debo hacerlo… eso me aterra.

—¿Te aterra? —preguntó Terzo y lanzó una carcajada—, Sandro, la noche de bodas será lo único que te agrade recordar. Hermano, es la mejor parte. Y la señorita Rinaldi es realmente hermosa, eres afortunado, no lo pienses demasiado… ella lo disfrutará, y al parecer será quien tome la iniciativa esta noche.

—¿Y si Vittoria piensa que soy irrespetuoso?

—Te diré un secreto… deja que ella comience. No debes presionarla, son jóvenes, pero cuando ese momento llega te sorprenderá lo que sucederá. Sí, recién se han conocido, pero si no consuman esta noche el matrimonio tampoco deben preocuparse. Mira, expectativas se crean por cualquier cosa, pero estas no deben condenar tus decisiones. A partir de ahora serán esposos, ustedes son los únicos que importan. Ni Loderana Grasso o Donovan Grasso os pueden obligar a nada.

—El señor Donovan es quien realmente me preocupa.

—¿Por qué? —Terzo entornó los ojos.

—Si llego a fallar como cónyuge, podría… él dijo cosas demasiado extrañas cuando lo conocí, sus palabras lejos de ser una bienvenida figuraron más una amenaza.

—Ah… Sandro, no. No te preocupes por Donovan Grasso, haré lo posible para que os deje tranquilos en sus primeros días de matrimonio. Lo prometo, Donovan tendrá otros asuntos para distraerse.

—¿Cómo lo harás?

—Mis métodos son silenciosos, explicar su naturaleza restaría el enigma que los caracteriza.

—¿Por qué te preocupa tanto tener sexo con tu esposa? —preguntó Francesco desde lejos.

Alessandro se volvió hacia él, atónito, dejó escapar el aliento.

—Es mi confidente. Sabe cosas—dijo Terzo encogiéndose de hombros.

—Terzo, si nuestros padres se enteran de lo que has dicho a Francesco—musitó Alessandro mirando los ojos de su hermano.

—Por favor, Sandro, no se puede vivir en una burbuja para toda la vida. Mírate. Si tan sólo te hubiese ilustrado como se debe no estarías tan paranoico ahora.

—No estoy jugando, Terzo. Tengo nociones de lo que debe pasar, pero…

—Sólo déjate llevar por la velada. Reitero, yo me encargo de que nadie os interrumpa.

Alessandro suspiró, luego asintió.

—Lo harás bien, hermano. Esperemos que ambos hoy porque madre quiere nietos lo más pronto posible, y el resto de nosotros no le da siquiera la esperanza de compromiso.

—Si Sandro descubre la manera de hacerlos, madre tendrá demasiados nietos—comentó Francesco, pícaro y sonriente.

Los tres comenzaron a reírse y cuando escucharon que tocaron a la puerta, ellos volvieron los rostros.

—Adelante—instó Alessandro, aun con la sonrisa en los labios.

Entonces irrumpió en la habitación Donovan Grasso, quien usaba un atuendo fino en color azul noche y su particular bastón azul con empuñadura dorada. Sus ojos inspeccionaron primero a Terzo y seguidamente a Alessandro, después dedicó una sonrisa a Francesco.

—Señores Rinaldi. Es grato encontrarlos de tan buen humor—señaló Donovan acercándose a ellos.

—Señor Grasso—saludaron los jóvenes al unísono.

—Querido Sandro, ese color te favorece en demasía, no cabe duda que tengo un gusto excepcional, ¿no lo cree, señor Terzo? —Donovan miró al muchacho.

—Así lo creo—respondió Terzo con voz queda.

—Pero estoy divagando. Los invitados comienzan a llegar. Señor Terzo, acompáñeme a recibirlos, nuestros padres deben disfrutar la velada. Nosotros seremos los anfitriones ahora.

—Si es su deseo, sea—dijo Terzo con amabilidad.

—Perfecto. Vamos, usted también, Francesco. El novio no demorará, ¿no es así? —Donovan escrutó a Alessandro.

—Sí—dijo el jovencito, dubitativo.

—Vamos ya—instó Donovan y giró sobre sus talones.

Ellos dieron una palmada en los hombros de Alessandro antes de marcharse.

Sin embargo, Alessandro no esperó más de diez minutos para salir de su habitación. Se encontró caminando en un pasillo vacío puesto que los sirvientes estaban ocupados en el invernadero de los Grasso, lugar donde llevarían a cabo la ceremonia, mientras que el festejo sería en el enorme

jardín de la villa.

El gran momento había llegado, y muchas cosas pasarían en aquella velada.

Capítulo 11

Alessandro se encontraba de pie ante todos los invitados. En la entrada aún permanecía Donovan mientras Terzo estaba ya a la izquierda de sus padres y Francesco, todos en la primera fila.

El muchacho escuchaba las voces como el bisbiseo de las abejas. No conocía a nadie, aparte de su familia y los Grasso. Eran rostros desconocidos puesto que todos ellos eran amigos del señor Donovan Grasso y algunos eran familiares de Loderana.

Sin embargo, cuando Alessandro vio la silueta de Vittoria presentarse en el umbral sintió que su corazón se aceleró. Aquella muchachita ataviada en blanco tomó el brazo de su hermano, y Donovan, orgulloso, besó la frente de Vittoria pese a que un velo le cubría el rostro.

Al mismo tiempo la orquesta comenzó a tocar, y el pequeño coro de infantes inició la melodía. Los invitados se pusieron de pie. Alessandro contuvo el aliento clavando los ojos en la figura que se acercaba a él. Y por unos segundos tuvo la sensación de que nadie más estaba en el invernadero.

Su imaginación creó un escenario solitario en donde sólo se escuchaban los pasos de Vittoria, quien sosteniendo un ramo de flores purpuras se detuvo ante él.

Eran sólo ellos, con el cantar de las fuentes del invernadero. No se dijo palabra alguna. Vittoria ocupó su lugar en el altar, y Alessandro por instinto levantó el velo de la muchacha.

Ella, tímida, se sonrió encogiéndose de hombros.

—Señor Rinaldi—saludó Vittoria evitando la mirada del joven.

Alessandro no respondió, con fragante delicadeza cogió las manos de Vittoria, la muchacha estaba tan nerviosa como él, lo pudo advertir en sus dedos temblorosos.

—Disculpe—musitó Vittoria por sus evidentes nervios.

Pero Alessandro sólo acarició las falanges de la muchacha.

—Comparto su inquietud, señorita.

Vittoria sonrió.

—Señor Rinaldi… Alessandro… no lo hagas—musitó Vittoria mirándolo a los ojos.

—¿El qué?

—No aceptes. No lo hagas. Aún eres libre.

—No comprendo.

—No debes comprender. Sólo obedece… por favor, hazlo por tu familia.

—¿Qué sucede?

Vittoria dejó caer el ramo de rosas. Este pareció impactarse con lentitud sobre los zapatos lustrados de Alessandro. El muchacho, perplejo se inclinó para coger el ramo, pero cuando miró de nuevo a Vittoria se percató de los ojos cristalizados de la muchacha.

—Sé libre, Alessandro—dijo ella en voz baja, temblona.

El muchacho dejó escapar el aliento, conturbado.

—¿A qué le teme? —preguntó Alessandro.

Vittoria apretó los labios, bajó el rostro, pero fue el joven quien la instó a mirarlo al sostener la barbilla de la muchacha con su dedo índice, con suavidad.

—El temor es mutuo, pero no será impedimento, señorita Rinaldi—agregó él con voz queda tomando las manos de la muchacha.

Él no sabía cómo, pero de cierta forma aquellas palabras de Vittoria lo sedujeron con su inocencia. La necesidad de descubrir el temor de la muchacha era tan grande como para ignorar sus advertencias.

—Quizás seamos aún desconocidos, pero eso cambiará, y no la abandonaré sólo por el miedo, señorita Rinaldi.

Vittoria suspiró, una lágrima escurrió por su mejilla, misma que Alessandro limpió con delicadeza.

Él se inclinó hacia la joven, ambos cerraron los ojos mientras sus narices se rosaban. Entonces la besó, Vittoria deslizó su mano enguantada

en el cuello de Alessandro.

Al momento que Alessandro abrió los ojos, el bullicio de los invitados interrumpió su fantasía. Estaban todos de pie regocijándose entre aplausos y sonrisas.

Si bien todas aquellas palabras habían sido mencionadas entre susurros, Alessandro prefería recordar el momento como algo privado, algo que sólo les pertenecía a ellos.

Pero mientras sostenía la mano de su esposa, él fue capaz de sentir aquel miedo que la joven profesaba. No sabía la raíz de tan apremiante sentimiento, pero no la abandonaría, pese a desconocer el peligro que pronto lo amenazaría.

Capítulo 12

Una vez la ceremonia concluyó, todos se dirigieron al jardín donde las mesas con manteles blancos les esperaban.

Los más exquisitos manjares fueron servidos, los mejores vinos se presentaron, todo en la vajilla refinada heredada en la familia, un orgullo opulento. La orquesta no hacía más que adornar más la maravillosa velada en donde los juegos artificiales no se hicieron esperar. Pronto el cielo se vio iluminado por los destellos dorados de las extravagancias de los Grasso, un espectáculo que todos vitorearon.

Los Rinaldi se habían mezclado a la perfección con los graves personajes de la celebración. Había ahí duques, condes, princesas y varones de las mejores familias. Muchos de ellos conservaban su amistad con Donovan Grasso por ser el viudo de la fallecida princesa rusa Anastacia Krupinova, otros simplemente se veían atraídos por su fortuna y carisma. Por ello era de esperarse que asistieran a la boda privada de su hermana menor.

Dichos invitados otorgarían a la joven pareja los regalos más extravagantes y ridículamente costosos. Artículos que, aunque no servirían en lo más mínimo para su vida cotidiana, el hecho de tenerlos en casa era símbolo de respeto y despilfarro, ambas cosas que las adineradas familias se proponen saciar para alimentar el orgullo de su descendencia.

El espectáculo de máscaras que Donovan había organizado para entretener a sus invitados dio oportunidad a Loderana para presentar a Donatella como un postre que su hijo degustaría en su bandeja de oro. En cuanto los trapecistas enmascarados hicieron entrada, la señora Grasso tomó de la mano a Donatella, quien usando aquel vestido antiguo no se negó a seguirla.

—Debes mostrar todos tus encantos, querida, él será amable, vaya que sí, pero suele ser así por cortesía no por interés, deberás ser perseverante—decía Loderana mientras ambas caminaban por el césped, entre las mesas.

Donatella no respondió, por el contrario, buscaba con la mirada el rostro de Thomas, pero la oscuridad de la noche le impedía localizarlo.

Cuando llegaron hasta le mesa donde estaba Donovan, la muchacha se percató que quien lo acompañaba no era otro que su hermano Terzo, ambos bebían vino y bromeaban entre sí. El rostro de Donovan cambió por completo al ver a Donatella, pero lejos de ser un gesto de sorpresa,

no fue difícil saber que su impresión no fue grata. Era como si acabase de contemplar un insulto para él. Sin embargo, a quien recriminó con la mirada fue a Loderana.

—¿Qué has hecho? —preguntó Donovan levantándose de su asiento.

—Hijo mío. Siquiera te has tomado la molestia de convivir con la señorita Rinaldi. Mira, ¿no es hermosa?, ¿ves lo que usa?, ¿no le queda espléndido? —comentó Loderana tomando al muchacho por el brazo, inspeccionando a la joven.

—Señorita Rinaldi, luce hermosa, eso no lo negaré, es usted un ángel. Pero—Donovan se apartó de su madre—… no jugaré en este tablero, madre, no de nuevo—carraspeó mirando sólo a la señora.

—Donovan, no seas descortés. La señorita Rinaldi sólo quería causar una buena impresión en ti. Ella misma me rogó que le prestase el vestido. —Loderana se encogió de hombros.

—Por supuesto—arguyó Donovan, cogió su copa y dio un último sorbo—, por supuesto que te rogó, madre.

—Señor Grasso. No era mi intención. Su madre pensó que usted tendría un buen recuerdo al ver de nuevo este vestido. Incluso me pareció demasiado, pero ella insistió. Si lo desea me despojaré de él, y esto no se recordará más—intervino Donatella con voz férrea.

—Por favor—señaló Donovan en seco.

Y Donatella asintió, con el orgullo herido.

—Señor Rinaldi, ¿ha visto un acto de magia? Acompáñeme, he enviado por un increíble gitano que jura hacer hechizos, aunque dudo que logre condenar mi alma más de lo que será castigada—espetó Donovan contemplando a su madre.

Terzo miró a Donatella, incómodo. Ella sólo negó con la cabeza, pero el muchacho decidió seguir al señor Grasso que comenzó a alejarse de ellas con indignación.

—No fue tu culpa—susurró Terzo al pasar a la izquierda de su hermana.

La luz de los fuegos artificiales iluminó el rostro de la muchacha y la señora Grasso.

—No habrá matrimonio. No seré un castigo para un alma libre—dijo

Donatella en seco y se apartó de Loderana.

—Donatella—llamó Loderana con rabia.

Pero la muchacha siquiera la miró de nuevo, giró sobre sus talones mientras en el cielo nocturno danzaban las luces. Con pasos firmes atravesó la celebración con rumbo hacia la villa. Vio a sus padres sonrientes mientras hablaban con un par de duques, vio a Francesco en una gran conversación con dos jóvenes condesas que se sonreían con coquetería. También percibió a Alessandro y Vittoria en su mesa, ignorando el espectáculo, sumergiéndose en ellos mismos.

Sin embargo, se sentía humillada, siempre estuvo consciente de las consecuencias de la insinuación de Loderana Grasso, y en ese momento, mientras entraba a la villa dejando a sus espaldas la celebración, se convenció de no dejarse influenciar por nadie en asuntos como el compromiso.

Ella no se detuvo hasta que llegó a su alcoba. Cerró con agresividad y sin pensarlo más, comenzó a despojarse del vestido. No deseaba volver a la celebración, su humor se había marchitado, sabía que el resto de su familia estaba en su mejor momento, no quería arruinar aquello, sobre todo porque Alessandro no se lo merecía, debía disfrutar su velada.

Por ello se limitó a vestirse con un camisón blanco, decidida a permanecer en su habitación hasta el día siguiente. Ella se dejó los cabellos sueltos, y acto seguido se cubrió con una bata roja de seda.

Entonces escuchó ruidos en su armario. La muchacha se levantó del taburete. De nuevo algo golpeó el interior del armario.

La ilusión de que se tratara de Thomas la instó a apresurarse hasta ahí, abrió las puertas de inmediato, pero no vio a nadie más que a Orazio. El niño usaba su camisón de dormir, era evidente que Loderana había ordenado que no asistiera a la boda de Vittoria, pero el escurridizo niño igualmente escapó de su alcoba.

—Donatella, vamos, Thomas quiere jugar—dijo Orazio saltando de su escondite, tomó a la muchacha de la mano derecha.

Ella no se movió, Orazio tiró de su mano.

—Vamos, nos espera, vamos, ¿no quieres verlo? —decía el niño apresurándose hacia la puerta.

Donatella apretó los labios, suspiró y se puso de inmediato unas

pantuflas blancas.

—Llévame con él.

Y Orazio sonrió, abrió un pasadizo secreto detrás de un retrato que colgaba de la pared a un costado de la cama.

—Vamos, vamos—dijo el niño entrando al túnel.

Entonces Donatella lo siguió de inmediato. Estaba completamente oscuro, tenía frío, y sólo podía escuchar su respiración agitada y el estrepitoso andar de ambos.

—De prisa, vamos—decía Orazio, aunque ella no lograba ver en la oscuridad.

Ella no supo cuánto tiempo estuvo corriendo, pero cada vez sentía que su pecho se oprimía más. Poco a poco comenzó a sudar, y sus cabellos se pegaban a su cuello, a su rostro.

Después, vislumbró una tenue luz viscosa que se apoderaba del lugar. Esto la alentó a correr, vio a Orazio desaparecer entre el espectro de luz.

Cuando ella llegó al final del túnel, la luz la cegó unos segundos obligándola a cubrirse con el antebrazo derecho.

Prestó atención a los sonidos, los grillos parecían musitar en aquel entorno. El viento silbaba con delicadeza, y la luna iluminaba con agresividad dejando manchas oscuras en algunos rincones. En efecto estaba en medio de un cementerio. Las lápidas lucían viejas y cubiertas de moho, ella leyó algunos nombres, todos eran Grasso.

Sin embargo, ya no estaba Orazio. Se encontraba sola en aquel decadente lugar.

—¿Qué haces aquí? —preguntó una voz rasposa a sus espaldas.

Donatella se volvió de inmediato, con el corazón acribillando sus oídos.

—Thomas—dijo ella, titubeando, escondiendo su evidente regocijo.

—No deberías estar aquí. Es peligroso.

—Orazio… él me condujo.

—Pero tú decidiste seguirle. Él es un niño, inocente, curioso, ¿qué eres

tú? —preguntó, amenazante, acercándose a ella.

La muchacha levantó la mirada contuvo el aliento, realmente él conseguía debilitarla de un modo peculiar que cada vez la obsesionaba más.

—Eso deseo saber—respondió Donatella.

Thomas apretó las muelas, levantó la barbilla y la miró por lo bajo. Él se sonrió, se cruzó de brazos inspeccionando el rostro de la muchacha, aquella luz pálida la convertía en una imagen hermosa, como si se volviese nebulosa, como un precioso espectro, los grandes ojos azules de Donatella se iluminaron con los destellos de los fuegos artificiales que, aunque débiles, lograban verse como estrellas.

—¿Quieres jugar? —preguntó Thomas.

Donatella se encogió de hombros.

—Ustedes son la presa, yo seré el lobo, ¿sabes qué hacer?, sólo evita que yo te atrape, a Orazio le encanta este juego, incluso hizo una canción.

—¿Canción? —Donatella arqueó una ceja.

—No corras en el bosque. No corras en el bosque, porque él acecha ya. Si corres en el bosque, si corres en el bosque, hazlo cuando él se aleje sin más—cantaba Thomas mientras se alejaba con tranquilidad, perdiéndose de cuando en cuando en la oscuridad.

Donatella giraba al mismo ritmo que Thomas, siguiéndolo con la mirada.

Hasta el momento en que lo perdió de vista.

—Lobo, lobo, no aparezcas. Lobo, lobo, espera que a mi casa regrese—cantó Orazio en alguna parte del cementerio.

—Debe ocultarse, señorita Rinaldi, o no habrá diversión—dijo Thomas, pero ella no lo vio.

Hipnotizada por el éxtasis de la atmosfera, Donatella se apresuró a una tumba donde descansaba un ángel melancólico, las alas de la estatua la ocultaron por completo.

—No corras en el bosque. No corras en el bosque—cantaba Orazio

jugando entre las tumbas, haciendo crujir las ramas.

Entonces llegó el silencio. Donatella se cubrió el rostro con ambas manos, contó hasta el número cinco, miró en derredor, estaba sola. Cerró los ojos de nuevo, esta vez contó hasta nueve en voz baja.

—Diez—musitó Thomas.

Donatella abrió los ojos, lo miró fijamente.

—No corras en el bosque—cantó Thomas, por lo bajo, poniéndose en cuclillas ante ella—, porque él ya te atrapó. Si corres en el bosque, si corres en el bosque… el lobo te observó—se inclinó hacia la muchacha.

Y Donatella contuvo el aliento, no dejaba de mirar los enigmáticos ojos dorados del hombre que acariciaba su mejilla, sus labios, su cuello. Los dedos ásperos de Thomas le erizaron la piel al tacto. Ella se estremeció. Cerró los ojos perdiéndose en las caricias que Thomas usaba para controlarla.

—No quiero hacerte daño—dijo Thomas retrocediendo.

Donatella pestañeó rápido.

Entonces el hombre rebuscó en el bolsillo de su pantalón, acto seguido le entregó un collar a la muchacha. Donatella observó la joya, se trataba de un medallón de oro con amatista en forma de rosa.

—Úsalo, y nunca de alejes de él. Si te despojas de él… yo podría hacerte daño. Jamás lo abandones. Jamás—amenazó Thomas apretando la muñeca de la muchacha, agitando el collar entre ellos.

—¿A qué le temes? —preguntó Donatella incorporándose.

Se mantuvo sobre sus rodillas quedando a la altura de Thomas. Deslizó su mano derecha por los cabellos sueltos del hombre.

—He hecho más daño del que imaginas. No puedo controlar los demonios que me atormentan.

Donatella acercó sus labios a los de Thomas. Pero él, temeroso le sostuvo el rostro, colocó su pulgar en los labios de la muchacha, suspiró con pesadumbre.

—No hagas esto—dijo Thomas con voz quebrada.

—Thomas—susurró Donatella apretando la mano del hombre.

—No podré controlarme… usted… usted me rompe los nervios—masculló Thomas dejándose caer sobre el césped, apoyó los codos sobre sus rodillas flexionadas.

Entonces ella se puso de pie, dubitativa, se acercó a él. La brisa revolvió sus cabellos, agitó su falda de gasa.

Con tranquilidad se colocó el collar, ajustó la cadena de oro y acomodó sus cabellos. Luego se inclinó hacia Thomas.

—Atrápame—dijo Donatella con voz queda.

Thomas la miró.

—Vamos—instó ella alejándose con rapidez.

El hombre la contempló en silencio. La muchacha deambulaba entre las lapidas, sus cabellos se agitaban sobre su espalda, el viento parecía jugar con ellos, con la suave tela de su vestido.

Pero al mirar la luna, Thomas supo que algo terrible estaba por comenzar. No quería dejar de admirar a la joven, hacía mucho que no sentía algo como aquello.

Él se sonrió. No perdería la oportunidad. Se puso de pie y comenzó a seguir a Donatella entre las tumbas. Ella era escurridiza, su sonrisa lo dominaba.

Pronto la tuvo entre sus brazos, ambos se dejaron caer sobre el césped, entre dos pequeños mausoleos. La muchacha se encontraba debajo de él, admirándolo con tranquilidad.

—¿Orazio? —preguntó Donatella percatándose de la ausencia del niño.

—Duerme, le agrada la tranquilidad de este lugar, en particular prefiere el mausoleo de su abuelo. Estará bien—respondió Thomas ocupando un lugar entre las piernas de la muchacha.

Donatella flexionó las rodillas permitiendo que él se acercara más a su cuerpo. Thomas se apoyó en sus antebrazos a la altura del rostro de la joven ruborizada.

Y ella tiró del cuello de la camisa de Thomas obligándolo a besarla. Él no dudó y cedió a su petición. Donatella sintió la lengua de Thomas acariciando cada rincón de su boca, envolviendo sus sentidos con esmero. Su sangre comenzaba a calentarse mientras el hombre besaba su cuello,

acariciaba su pierna elevada.

Ella dejó escapar el aliento cuando Thomas desató el listón de su vestido exponiendo sus senos. Los labios del hombre recorrieron aquel breve sendero hasta sus pezones rígidos, rosados. Su lengua acarició la piel sensible, Donatella arqueó la espalda ante la maravillosa sensación que esto le provocaba. Hundió sus dedos en los cabellos de Thomas mientras este mordisqueaba su pezón derecho con suavidad.

El cuerpo de Donatella comenzó a temblar, sentía su propia humedad entre sus piernas, torturándola, quebrando su juicio.

—Thomas—dijo ella entre sus gemidos ahogados.

Pero él no respondió. Por su parte desabotonó sus pantalones y dejó en el exterior su virilidad completamente erecta. Realmente la deseaba, no quería admitir lo mucho que ella lo cautivaba.

Entonces besó de nuevo los labios de Donatella, al mismo tiempo la penetró con sutileza. Ella apretó los labios ante el dolor que le provocó este acto, la pérdida de su castidad.

Y como si él estuviese consciente de ello, comenzó a moverse con suavidad entre sus piernas. Apoyó su frente sobre la frente de Donatella. Ella lo abrazó con fuerza, gemía por lo bajo, sus ojos se cristalizaron, su piel comenzaba a aperlarse.

Todo en su interior se revolvía de manera majestuosa. Ambos se complementaban a la perfección, era una danza seductora que los había hecho prisioneros.

—Joder—masculló Thomas embriagado de éxtasis.

Ambos explotaron en sus oscuras pasiones. Los movimientos de Thomas aumentaron su fiereza, ella vociferaba el placer que le provocaba su agresividad. No era capaz de pensar, estaba en una duermevela, en su mejor momento.

Sus cuerpos comenzaron a estremecerse, ella clavó las uñas en la espalda de Thomas cuando sintió llegar a su límite. Él lanzó un gemido ahogado, se detuvo mientras se aferraba al endeble cuerpo de la muchacha, suspiró, exhaló.

Sus respiraciones aún estaban agitadas. Donatella apartó los cabellos del rostro de Thomas, las mejillas del hombre todavía tenían ese rubor. Él se dejó caer a la derecha de Donatella, volvió el rostro hacia ella.

—Me dominas… no dejes de hacerlo—susurró Thomas tomando la mano de la muchacha.

Y ella sólo se sonrió, tímida, como una niña.